

TARRAMENDI — E. Barriobrero —

91308

R. 689.915

E. BARRIOBERO Y HERRÁN

3
91308

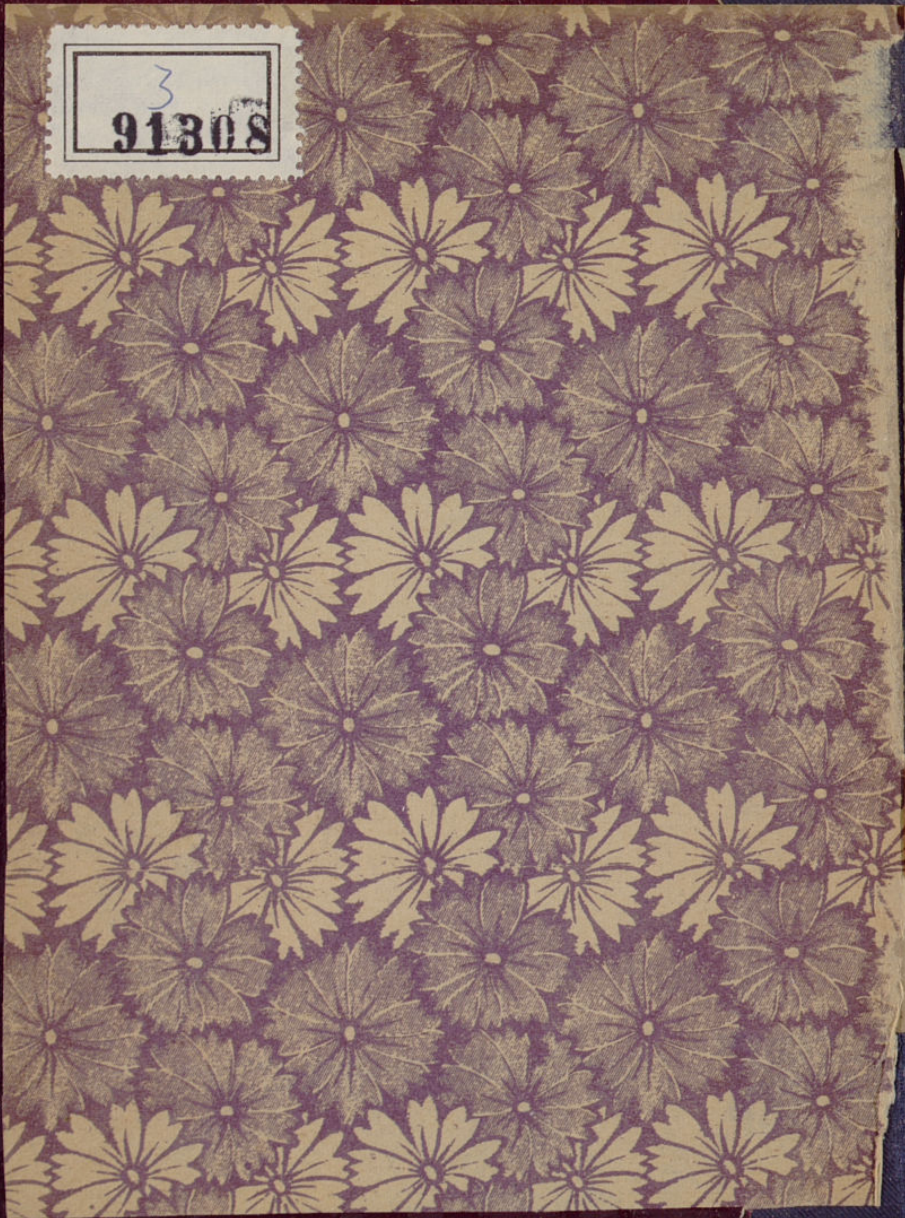
CHATARRAMENDI EL OPTIMISTA
O
LA POLICIA DE BOTARATOFF

NOVELA



MADRID
1922

3
91308



Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, by E. Barriobero y Herrán 1922.

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30.—MADRID

DEDICATORIO

A la Fiscalía y a la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo y a los jueces de Madrid señores Prendes Pando y Rodríguez Porrero.

Excelentísimos e ilustrísimos señores:
Un ciudadano español que fué tres veces diputado a Cortes, y es autor de un ciento de libros, y abogado con veinte años de ejercicio, que tiene la cabeza blanca como un copo de algodón, y se ve respetado por todos a causa de que después de haber pasado reiteradamente por donde había algo que coger, se acostó sin cenar algunas noches, y porque tuvo la gallardía de

vivir en una larga época de venta en saldo de voluntades flácidas, sin que la suya sintiera la menor vacilación; una buena mañana, al entrar para cumplir deberes en el Palacio de Justicia, vió que un sujeto clavaba sus uñas largas y negras en el cuello de un compañero en el noble ejercicio de la noble profesión de abogado.

Tomó del brazo al agresor, y como además de tener un entendimiento modesto, pero suficiente para ganarse la vida de espaldas al Estado, tiene nervios y músculos, después de un leve forcejeo, logró separarlo de su presa; pero al pretender reanudar la agresión con mayor furia, perdió el equilibrio y cayó al suelo el hombre de las uñas.

Después de dar en el polvo judicial una vuelta semejante a la que, al decir de los campesinos aragoneses, dan los asnos para *ganarse el cuartillo*, se levantó y mostró un *carnet* — vean vues-

tras excelencias qué idiotez de nuestros snobistas: el carnet no es eso, y puestos a buscar denominación extranjera, el italiano nos brindaba la palabra *tassara*, que es de mejor origen y mucho más adecuada; pero sigamos con el barbarismo—un *carnet* que le acreditaba como agente de la autoridad.

El señor del pelo blanco, abogado, escritor, ex diputado *et cætera*, sonrió y le dijo:

—¡Bonita manera tiene la autoridad de hacer acto de presencia en la mansión de la justicia!

Después, como todo había concluído, se retrajo a sus habituales ocupaciones.

Lo expuesto sucedió a las nueve de la mañana del día 20 de mayo de 1922.

En el mismo día, a las nueve de la noche, en una calle de las más céntricas de Madrid, fué detenido el *señor* mencionado por el *policia* referido, al

que acompañaban otro agente y seis guardias armados de todas armas.

Desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana, sin que le fuera permitido cenar a su costa, comprar un periódico ni tranquilizar a su familia, fué arrojado como una pelota de oficina en oficina policíaca, hasta llegar al Juzgado, en donde hicieron saber a las *autoridades* que lo conducían que para ningún menester eran necesarios su testimonio ni su presencia.

El ciudadano vejado y ofendido se querelló ante la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo contra el señor director general de Seguridad, puesto que en todas las estaciones de su calvario invocaron la omnipotencia de este ilustre partícipe de la bazofia oficial para justificar la felonía.

Y vuestras excelencias, con el alto celo y la acendrada sabiduría que todos reconocemos, definieron que aquella de-

tención no era delito. No creo en cambio que si como a caballeros particulares se les hubiera consultado, habrían dicho que el acto de encomendar el *servicio* al propio agente que se sentía agraviado, era un acto de caballerosidad digno de los de la Tabla Redonda, una florescencia edificante del país de Suero de Quiñones y de Don Quijote de la Mancha.

El excelentísimo e ilustrísimo señor fiscal del Tribunal Supremo, el que definió que es un delito de estafa recaudar dinero para dar de comer a los presos, toda vez que el Estado asigna para su manutención dos reales por cabeza, hoy que no valen los garbanzos más que a duro el kilo, estudió el asunto al través de su acreditado microscopio y opinó que las togas con placas y vuelillos no se han hecho para amparar libertades ciudadanas.

Yo no puedo menos, excelentísimos

señores, de rendir aquí un homenaje de admiración a la rectitud y al amor a la justicia de sus señorías; conviene a la paz pública y a los intereses del país forjar una cadena en la que el primer eslabón sea el presidente del Tribunal Supremo; el último, el confidente de la Policía, y el medallón, el Verduguito.

¡Olé tu cuerpo serrano! ¡Qué iba a ser sin ti de las Instituciones!

Pero esta opinión del novelista no quiere compartirla el abogado con veinte años de ejercicio, etc., etc. ¡Si será bruto! Cuando vió que vuestras señorías, con la lógica solidaridad de los que comen en el mismo plato, consideraban como un verdadero sacrilegio el que el nombre del director de Seguridad se viera escrito en papel de oficio, se quejó ante los Juzgados inferiores, contra los que habían ejecutado la orden, a su corto conocimiento arbitraria, del susodicho director; y el señor Prendes

Pando, juez del distrito del Congreso, también definió que el tener detenido y atormentado a un ciudadano que paga contribución y tiene domicilio conocido, sin delito ni falta que lo disculpe, desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana, puede ser el capricho laudable de un funcionario investido de autoridad, pero no un acto justiciable.

¡Tiene razón el señor Prendes Pando! ¿Cómo se concibe un Estado en el que las autoridades estuvieran sometidas a la ley, como están los ciudadanos a las autoridades?

¡Medrados viviríamos si el *carnet*—otra vez el *carnet*—de autoridad no sirviera para comer de balde, beber de balde, cumplir de balde con lo del *crés-cite* y reventar de balde a los adversarios políticos!

Tiene razón el señor Prendes Pando, y ese abogado con su cabeza blanca,

con sus veinte años de ejercicio, con sus libros—¡habrá que leerlos despacio!—y con sus tres actas pretéritas de diputado a Cortes, merece la pateadura que le han dado Jueces y Tribunales y aun otras sanciones más severas.

El gobernador de Valencia sí que estuvo en lo firme al imponerle una quincena por no haber querido poner en el padrón del hotel donde se alojó allí más que su nombre.

¡Como que la seguridad de la PATRIA dependía en aquella ocasión de que las autoridades conocieran puntualmente su edad, su estado y el pueblo de su naturaleza!

¡Así es como es preciso tratar a estos beduínos!

Pero el abogado del pelo blanco y la *quincena* no lo cree así y dice muy enfático que, puesto que la Justicia no ha querido hacerle justicia, él ha de tomársela por su mano, haciendo algo en

cada día de los noventa años que le quedan de vida—es hombre fuerte y de buena madera; no ha tenido avariosis, ni se ha embriagado, ni lleva faja; hace gimnasia sueca y se cuida bien la dentadura—contra los que tal vejación le impusieron y contra los que la adecuada satisfacción le negaron.

¡Infeliz! Morirá en presidio. ¿No les parece a vuestras señorías? Además, no puede, por mucha voluntad que en ello ponga, cumplir este programa: no sabe mentir...

Tiene por objeto esta dedicatoria e de desagruar a todos aquellos a quienes agruue en su carrera loca el atraillado del 20 de mayo de 1922. Yo le quiero mucho y no quiero menos a los excelsos y desuuenturados varones que, por mil pesetas mensuales mal contadas, se ven en la obligación hasta de justificar o a lo menos disculpar yerros policiacos.

¡Pobres hombres! ¡Así sí que no puede haber Patria!

Y para ello escribo este libro: para reivindicar a la Magistratura en el prólogo y a la Policía en el texto.

Si los aludidos quedan en realidad desagraviados de las ofensas que mi amigo pueda inferirles en los noventa años que de vida le quedan, les ruego que en prueba de cordialidad me acepten una juerga con guitarra y niñas. Voy a ensayar la primera copla:

Cuatro son las tres Marías;
nueve los diez Mandamientos;
ocho las siete cabrillas...
¡Ya estamos todos contentos!

Y que sirva de pauta para componer verdades oficiales.

Pero ahora caigo en que no he dicho por qué dedico también esta novelita a don Zoilo Rodríguez Porrero, juez de primera instancia del distrito de Chamberí de esta corte.

Don Zoilo se llama don Zoilo; no se vaya por ahí a creer que ése es un nombre de los que yo invento: Cachaldoira, Pasitrote, Faltaipasa, Borroneo, Chatarramendi, Botaratoff. Sus padres, sin duda, eran eruditos, como yo, aunque me esté mal el decirlo. El vulgo, en el que hay generales, obispos, senadores, diputados, académicos y ministros de la Corona, suele llamar Zoilos a los hombres de rudimentario intelecto. ¡Qué barbaridad!

Zoilo es sinónimo de sutil. A un crítico griego que llevaba este nombre le retaron a que pusiera una falta a una mujer perfectísima, que pudiera haber sido modelo de Platón en lo moral y de Zeuxis en lo plástico.

Al verla el crítico puso en presión su sutil inteligencia y concluyó:

—Es celestial su belleza; la vida no ha podido ni podrá crear nada más perfecto; *pero...* hace ruido al andar.

Don Zoilo, el de ahora, el que lleva corbata, generalmente mal puesta, quiere hacer honor a su ilustre homónimo, procurándose algún parecido con él.

Presentó un día en su Juzgado un escrito mi amigo el abogado del pelo blanco, etc., etc., y en él, como digresión literaria, decía que al director general de Seguridad le gustaba jugar al tute *arrastrao* en sus ratos de ocio.

Don Zoilo, el de ahora, el que ignora que en Grecia se hubiera llamado *Arconta*, y cree que las *Olimpiadas* son variantes de mi amigo Trevijano, se sirvió opinar que lo de *arrastrao* era un camelo tan clásico como el *colgao* de los gitanos, y mandó sacar tanto de culpa para procesar por ello al famoso candidato a los años de Néstor... ¡Ay! Néstor he dicho... Si tengo la desgracia de que don Zoilo, el de ahora, el del *arrastrao* y la corbata, no haya leí

do a Fenelón, he hecho las diez últimas!
Usía perdone.

Aguijado por su procesamiento, mi amigo se propone decir de don Zoilo las cosas más pintorescas y peregrinas. Por eso me adelanto yo a desagraviarle y en esta página de honor coloco su nombre a la vanguardia de Botaratoff y a la retaguardia del señor Prendes Pando y de la excelentísima Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo.

¡De... frente...! ¡Mar...!

E. BARRIOBERO Y HERRÁN.

CHATARRAMENDI EL OPTIMISTA O LA POLICÍA DE BOTARATOFF

**Una nueva serpiente, menos pa-
radisiaca, silba en el oído de
Chatarramendi.**

Es la hora del aperitivo. Chatarramendi, que durante la guerra supo reunir unos cuartejos que después de la guerra no ha perdido, entra solemnemente en el Bilbaíno, recorre sus salones como si buscara en ellos algún conocido, pero en realidad para que lo vean, pues ha estrenado una flamante corbata escocesa y lleva en la mano un ejemplar de *Le Matin*, aunque ni una palabra sabe de francés, y acaba por sentarse junto a un veladorcito, hacer palmas y pedir un *güiski* recalcando la *g* inicial.

Cuando deletrea, sin entenderlo, el pie de una viñeta, se le acerca silencioso su amigo Carcaberri, le da un manotazo en el periódico, y le dice como regañándole:

—Mentira ya parese, pues; cosas de Fránsia lees y en Madrí no estuviste. Miserable te eres, con millones que guardas.

—Rasón te tienes; pero si maleta coges y dises vamos, vamos.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—Las cosas bien hechas bien paresen.

—Marchamos mañana y así le desimos a los amigos por si quieren ir.

—Pero nada de negocios; a divertirnos y a ver pa no preguntar.

—Eso mismo.

—A tomar aquí, pues, el café y la copa mañana, y de aquí a la estación.

—¡Lerdo que eres! Parese mentira.

Yo dirijo. A la una en punto, a comer en el chacolí del Zollo; la maleta a la estación mandas y desde chacolí vamos.

—Bien me parese. ¿Le desimos a Nicasio?

—Que yo dirijo.

—Bueno, bueno; punto en boca. ¿Merienda o así para el tren ya llevaremos?

—Pero ¿no estamos en que yo dirijo? Como dirigirías tú, bien íbamos a salir.

Al día siguiente, a la una en punto de la tarde, en el patio del chacolí, bajo el emparrado, reuníanse para hacer los honores a una buena comida, encargada de antemano, Carcaberry, el director de la comisión; Chatarramendi el millonario, que a sus cincuenta años corriditos no había visto Madrid, y otros dos comerciantes de buen humor, que con la misma facilidad se hubieran embarcado para Cuba o para el Japón.

A las cuatro salía el tren, y eran las tres y media cuando no habían terminado aún su batida contra los flanes y las torrijas.

Pidieron por teléfono un automóvil y tomaron precipitadamente el café y unas cuantas copas. No salieron *moscorras*; pero tampoco anduvieron lejos, y como Carcaberry parecía haber puesto todo su amor propio de director en que de consuno llegaran a estarlo, se llevó al tren media docena de botellas de coñac de buena marca.

Pero conste, en honor a la verdad, que este abuso del alcohol no se lo sugería el vicio, ni era fruto de una mala intención, ni siquiera del liviano propósito de divertirse a costa de sus subordinados. Trataba con ello de vencer la natural timidez de Chatarramendi y ponerlo a tono con los demás excursionistas.

Era este buen hombre célebre en

Bilbao por sus costumbres morigeradas, por sus exageradas complacencias para con todo el mundo, fuera, claro está, del negocio, y sobre todo por sus respetos casi supersticiosos para con la autoridad y sus representantes.

Los gobernadores, los jueces, los comisarios de Policía y los capitanes de la Guardia civil parecíanle dioses mayores; los guardias urbanos, civiles y de Orden Público, dioses lares y penates, y el Código Penal, un libro sagrado en el que sólo podían leer, y eso de rodillas, quienes hubieran sufrido una previa, penosa y complicada iniciación.

Para el viaje habíase preparado como si tratara de dar la vuelta al mundo. Aparte la ropa, entre la que destacaba su buena y radiante docena de pares de calcetines de seda con los colores nacionales, llevaba en la maleta una carta de crédito, los recibos de contribución de tres años, las cédulas perso-

nales de diez, un carnet de identidad, de Correos, una certificación de buena conducta, otra de carencia de antecedentes penales, otra de hallarse vacunado, los contratos de arrendamiento de la casa y de la tienda y una licencia para emborracharse que le compró un día a un ciego al pasar por Barrencalle Barrena.

Al subir al tren se hizo la señal de la cruz, se tomó dos copas y rezó la mitad del Señor mío Jesucristo. La mitad sólo, porque en cuanto salieron del túnel de Cantalojas, sus amigos se encargaron de hacerle perder la devoción.

Un alto en la marcha.—La afición a los toros complica la primera aventura de Chatarramendi.

—¡Mirandaa... vainticinco minutos de parada y fonda!... ¡Señores viajeros pa Logroño, sus tenis que cambiar de

treeen!...—gritó Vinaza el de Haro, que aunque estaba allí de mozo suplementario, le encomendaban con frecuencia esa tarea porque tenía buena voz.

El aviso de Vinaza coincidió con la agonía de la tercera botella en el coche de nuestros excursionistas; pero aún ninguno de los cuatro había perdido la brújula.

Bajaron para cenar, y en cuanto entraron en el comedor quedaron deslumbrados por un cartel de toros, que anunciaba para el día siguiente en Logroño una corrida *fenomenal, monumental y grandiosa*, en la que habrían de matar seis toros, nada menos que del excelentísimo señor duque de Rapiña, los célebres *meteoros* nombrados el *Poca-ropa*, el *Beduino VI* y el *Verduguito*.

Carcaberry decretó: —¡A Logroño! A Madrid ya te iremos.

Y le obedecieron ciegamente todos,

salvo Chatarramendi, que clavó en el suelo sus pies de gigante y opuso resuelto:

—Yo soy hombre serio: a Madrid te dije y a Madrid voy. Poca formalidá o así ya tenéis vosotros.

Insistieron todos; pero fué en vano. Chatarramendi no claudicó.

En represalia se le llevaron la maleta, la gabardina y el sombrero. Cuando estuvo el tren en marcha, recordó que Carcabéri llevaba los billetes de todos, y cuando acababa de advertirlo se le presentó el primer conflicto, pues casualmente apareció el revisor para pedirle el suyo. Afortunadamente, aun cuando con la maleta se le habían llevado la carta de crédito, que dentro de ella iba, le quedaba en el bolsillo del pantalón un billete de cien pesetas, y a favor de él pudo liquidar con el funcionario y salvar un par de duros para llegar con ellos a Madrid.

Por la mañana, cuando llegó el tren a la estación del Norte, apeóse el bueno de Chatarramendi con la boina caída sobre la oreja izquierda, sin documentos, sin dinero y sin saber dónde ir ni qué rumbo tomar.

Pero la Providencia, que siempre, sin tregua ni descanso, vela por los hombres de bien, pronto hubo de procurarle discretos acompañantes y alojamiento gratuito, si bien no cómodo ni adecuado a su burguesa condición, como verá prontamente quien leyere.

La dulce y cálida tutela policíaca sustrae a Chatarramendi de los peligros de este Madrid laberíntico y atrabiliario.

Cuando traspuso el andén lo tomó por el brazo un señorito de presuntuosos bigotes engomados, que lucía en el ojal de la solapa de su americana

el distintivo de una condecoración.

—Venga usted conmigo.

—¿Ya te dijeron ésos? ¿Telégrama o así ya pusieron?

—Yo soy el que te lo va a decir. Andando, si no quieres que llame a los guardias para que te coloquen las pulseras, que no será la primera vez.

Chatarramendi se dejó llevar, sin darse cuenta, con verdadera precisión, de lo que le ocurría. Momentos después, se vió en la Inspección de Vigilancia de la estación del Norte, rodeado de guardias, inspectores y agentes que lo pusieron en cueros vivos y le registraron hasta en los pliegues de la camisa.

—Bilbaíno sin dinero, sin gabardina y sin documentos, no puede menos de ser un malhechor—dijo el que parecía capitanear a los demás.

—No te quepa duda de que ha puesto una bomba o ha matado un patrono—confirmó otro.

—Persona desente soy y dinero tengo en Bilbao más que un torero bueno—replicaba tímidamente Chatarramendi, cuando empezó a sospechar que aquello pudiera no ser una broma preparada por sus amigos.

—Bien; por de pronto irás a la cárcel, y desde allí podrás escribir pidiendo auxilio.

—¿En cársel dises?

—Sí, hombre, sí; a la cárcel. ¿Qué vamos a hacer con un desconocido que no tiene dinero ni documentos?

—Rasón ya tienes: documentos no llevas, en cársel vas; bien me parese aunque yo sufras. Hasiendo así podremos vivir tranquilas personas desentes. Siempre polisía cosa buena me dije.

Como no había disponibles más que seis guardias para conducirlo, ante la eventualidad de que les acometiera furiosamente y por arte de magia pudiera con un guiño o con un soplo anular la

eficiencia de sus charrascos, de sus pistolas y de sus carabinas, lo esposaron, y aun el bueno de Chatarramendi aprobó aquella medida de precaución exquisita.

—Si yo sería un malhechor y a estos hombres de bien, por ser guardias, palisa daría... nada, que bien hasen aunque yo ahora sufra.

Antes de salir rogó al jefe de aquella dependencia policiaca que pusiera o le permitiese poner un telegrama o telefonema para Bilbao en demanda de identificación y garantía; pero no pudo conseguirlo, pues se le advirtió que los delincuentes profesionales usaban con frecuencia de aquella y otras parecidas estratagemas.

Rompieron la marcha. Delante iban dos guardias, con la diestra en el pistólón y la izquierda en el charrasco; luego otros dos en igual bélica apostura, y entre ellos Chatarramendi, y en la reta-

guardia los otros dos, no menos precavidos contra todo intento de agresión o de rebeldía.

Pero no marcharon a la cárcel directamente; antes debían hacer su presentación en la Comisaría del distrito para que allí quedase registrado el *servicio*.

Subieron la ruda Cuesta de San Vicente; pasaron junto al Palacio Real, y después de otra penosa ascensión por aquellas rampas urbanas que dan acceso al centro policíaco del distrito palatino, vióse al fin Chatarramendi libre de las esposas y sepultado en un sórdido, negro y pestilente calabozo, en promiscuidad ingrata con mendigos, rateros, jugadores del cané, borrachos y homosexuales pobres.

No estaba en su despacho el señor comisario y era preciso aguardar su llegada para que refrendase la orden de reclusión dictada por sus inferiores jerárquicos.

De los seis guardias, a dos les tocaba en aquella hora quedar libres del servicio, y se fueron; los otros cuatro, como tenían a su cargo al peligrosísimo Chatarramendi, no podían ser utilizados en más menesteres sino en el de dar guarda al calabozo, y se aprestaron a cumplirlo. Para no perder el tiempo de un modo absoluto, colocaron junto a la puerta una mesita baja, trajeron de la próxima taberna un frasco de vino y una baraja y comenzaron a jugar al *mus* con toda la solemnidad correspondiente a sus bélicas y aforadas personalidades.

Chatarramendi no come; pero sigue opinando que la Policía es la cosa mejor que existe sobre la superficie de la Tierra.

—¡Baila, hombre, baila!— decía en el vientre del calabozo el Medianuez a Chatarramendi—. Los bilbaínos, na

más que con ser de Bilbao, sus habéis pensao tos que sois millonarios, y tenís más carpanta que cuarenta lobos y sois más cursis que una colonia veraniega.

—Bien dises, porque en Bilbao de todo te hay; pero millones tengo y por chanzas de amigos te estoy preso.

—Por el otro, que éste lo tengo tapizao. Estarás enredao en la quiebra de algún Banco o habrás falsificao alguna letra, que vosotros cameláis longas y no lo hacís tan barato como nosotros enfelices, que nos conformamos con *ganar* alguna bufanda o con sacarle un duro a un paleta con las tres cartitas, aunque luego diga que han sido cuarenta porque el mu primísimo se cree que se los van a dar los policías o los escribanos.

—Que ladrón no te soy, digo, y a nadie mal hise; cuando salgamos te convido a venir a Bilbao para que veas.

—Tú sí saldrás, porque tendrás *gra-*

sa pa tó el *barandao*; pero yo, ahora, me pringué de mala manera...

—Y ¿no dan de comer en estas casas?

—Con tu dinero, puede ser que te traigan, si está de buenas el guardia de puertas.

—Lámalo y que nos dé algo dises; dos duros tengo; ya convidaré.

—¿Na más que dos duros?

—Nada más aquí.

—Pues ya tiés pa un palillo de dientes usao y un vaso de agua, que estas posás son las más caras del mundo.

Medianuez comenzó a golpear furiosamente la puerta del calabozo.

—¡Va!—contestó desde fuera uno de los guardias.

Y se hizo un silencio absoluto en el encierro, al favor del que los detenidos pudieron escuchar la conversación de sus guardianes.

—¡Duples y juego, un borrego...!
¡Be... be... beee...!

—¡Mira que eres chistoso, Torniquete!

—¡Beeeee...!

—Te debias de haber dedicao al circo.

—U a las varietés...

—Vamos, cuenta si sabes, que me paece que por esta vez sus la incustramos.

—Dos de chica y el no de grande tres. ¿Cómo estáis vusotros?

—Este, de primera: mírale el galón.

—Déjate ya de payasadas, Torniquete, y a jugar con formalidá. ¿Cuántas tenéis?

—Nos faltan dos pa salirnos.

—Pues órdago a tó.

Medianuez volvió a patear en la puerta del calabozo.

—¡Ordago a tó!—gritó a pleno pulmón el señor Cabezones.

En aquel momento llegó el comisario y quedaron en suspenso la parti-

da de los guardias y la comida de los presos.

Cumplidos los trámites oficinescos, uno a uno fueron sacándolos todos a un patio; los cachearon de nuevo y los ensartaron por las muñecas con fuertes nudos en una cuerda.

Formaron doce guardias a los lados, delante y detrás de aquella sarta de hombres, y por la calle del Arenal, la Puerta del Sol, la de Alcalá, la de Peligros, Gran Vía, Clavel y Reina, los condujeron a la Dirección general de Seguridad.

Más de tres horas llevaban en el nuevo calabozo, ni mejor ni peor que el que habían dejado, cuando por unanimidad acordaron rebelarse contra el hambre que por aquella complicada organización de los servicios les era impuesta, y comenzaron a golpear con rabia las puertas y las paredes.

Acudió el inspector de guardia, que

era persona razonable, y encontró justo el deseo de comer que le expusieron; pero no podía satisfacerlo, porque el señor director había declarado que los guardias no estaban en el mundo para servir a los presos, sino al revés, si la ocasión se ofrecía, y como él allí no tenía más que guardias, sintiéndolo mucho, no podía complacerles.

—Pues que nos lleven cuanto antes a la cárcel—propuso el Medianuez—para poder coger el rancho de la tarde y comprarles alguna bolla a los *cabalistas*.

—El señor director está en este momento muy ocupado en redactar los considerandos de un decreto para imponer una quincena al ilustrísimo señor obispo de la Diócesis, quien hace unos días, para saludarlo en la calle se quitó la teja, pero no el solideo. ¡Vean ustedes qué gravísima falta de respeto!... Tan pronto como termine me llamará

para que le dé cuenta, y resolverá en justicia, como acostumbra.

—Bien me parese—repuso Chatarramendi—. Lo primero te es lo primero. Desgrasiaoos somos ahora, y un señor así como ése muchas cosas tendrá antes que nosotros.

Pasaron otras tres horas, y al fin aparecieron en la puerta del calabozo los consabidos guardias con la no menos consabida cuerda.

—El llamado Cha... ta... rra... men... di, que se quede—ordenó el inspector.

—Me paice que te van a endiñar estopa—le dijo el Medianuez al despedirse, estrechándole fuertemente la mano.

—No creas. Telégrama ya resibieron o llegaron amigos con documentos, y marchar me dejan.

—¡Baila, hombre baila! Ya nos veremos mañana en el patio de la cuarta. Si te llevan comida, guárdame la bolla.

Y quedó el buen bilbaíno completamente solo en el encierro.

—Hambre ya tengo y sueño—comentó—; mal se está en estas casas; pero si así no sería no podríamos vivir personas desentes. Documentos no tienes, en cárcel vas mientras llegan amigos o familia. ¡Qué bien te vivirán, pues, en Madrid los señores con esta polisía!

Y comenzó a pasear filosóficamente por su calabozo, sin darse cuenta de que ni un mal banco tenía para poder descansar cuando le rindiese aquel ejercicio.

Botarateff quiere conocer personalmente a Chatarramendi y descubre en él al criminal más espeluznante y empedernido.

—Señor—había dicho a su jefe el discreto inspector de guardia—, en el libro de nuestras planchas me parece

que hoy vamos a tener que registrar una de razonable tamaño. Entre los detenidos hay un bilbaíno, que dice ser un honrado capitalista, y por su aspecto juzgo que no miente.

—Señor inspector, nosotros nunca nos equivocamos. ¿Quién no tiene a su cargo una faltilla remota o próxima? Pues que la pague aun cuando sea con retraso. El hombre, hecho verdaderamente a imagen y semejanza de Dios, no es perfecto como su Creador, y así nunca le va mal una quincena. La cárcel es como la gimnasia y como el bicarbonato: a nadie descomponen, aunque nos mostremos pródigos al dosificar.

—Pero, señor, ¿y si en realidad es una persona decente?

—En España no hay más personas decentes que nosotros. ¿Sabe usted latín? Yo tampoco; pero me aprendí de memoria un lema de los médicos anti-

guos, que sustituyendo en él lo que llamaban *signa* por la cárcel, nos viene de perillas. Apréndalo:

*Stercus et urina
nobis sunt signa;
vobis sunt prandia digna.*

Prandia es comida; lo demás lo puede usted traducir *mocosuena mocosuene*.

—Me inquieta, señor, ese bilbaíno. Ya verá usted cómo resulta amigo de don Indalecio, y nos pone de vuelta y media.

—Tráigalo. En último caso le daremos sólo una *quincena* sin repetida ni empalme.

Y compareció Chatarramendi a la presencia de Botaratoff.

—¿Cómo se llama usted?

—Aniseto de Chatarramendi.

—Eso no es un nombre ni un apellido; vea usted cómo empiezan a brotar claros y radiantes los indicios de culpa.

—¿A qué ha venido usted a Madrid?

—Porque Carcaberry me dijo.

—¿Quién es ese granuja?

—Granuja no es. Comersio tiene de zapatos en Belusticalle.

—¿Y cómo al ir con usted no lo han detenido?

—A Miranda llegamos y torsieron camino para ir a los toros de Logroño. Yo no te quise ir, y por chansa llevaron mi maleta con documentos y carta de crédito.

—¡No tienes tú mala carta! Que le hagan la ficha y registren luego en los archivos. Te conozco bien. Tú has venido de Barcelona; interviniste en el robo al Banco de Bogotá, en la bomba de Cortacans, en el asesinato del presidente y en el del conde de Salvatierra. ¡Ya era tiempo de que te echáramos el guante! ¡Para rato tienes cárcel, amigo!

—Documentos no tienes, en cárcel

vas. Bien me parece; pero conste que yo no soy ladrón ni asesino, ni bombero.

—Eso dicen todos. Lléveselo.

Salió el bilbaíno, y Botaratoff comenzó a redactar la nota oficiosa para los periódicos. Aquel hallazgo no podía ni debía quedar en silencio.

—Y qué ajeno—se dijo—estará ese pobre inspector de la estación del Norte a pensar que ha prestado hoy un grandísimo servicio. Voy a ordenarle al ministro que le mande una cruz pensionada. En cambio a este otro tonto lo voy a tener que cambiar de destino. Cuidado con decir que era un infeliz y una persona decente, y resultar luego un pájaro de cuenta... y de una cuenta tan larga...

**Quién y cómo era Botaratoff.—
Sus antecedentes.— Cómo fué
traído de remotas tierras para
dirigir la policía española.**

Botaratoff era un hombre de mediana talla física. De su talla intelectual juzgará el lector a su tiempo.

Su rostro sonrosado y terso mostrábase orlado de una barba rubia partida, como la del Jesús de los cromos franceses. Llevaba las manos muy cuidadas y gustaba de dejarse las uñas largas.

Vestía con relamida presunción de rastacuero, siempre americana cruzada y ribetada de cinta, y pantalón de cuadros progresistas, como el que hizo renacer don Juan de la Cierva, o de rayitas sutiles. En punto a la elección de corbatas era una verdadera calamidad; ni una vez acertó con un tono ni con

un dibujo que armonizaran bien con su traje ni con su camisa.

El pelo, rubio como la barba, lo llevaba siempre peinado en raya y aderezado viscosamente con una brillantina que le regalaba por gruesas de tarritos don Torcuato Luca de Tena. En el ambiente familiar y de camaradería era un hombre graciosísimo; imitaba al gato, al perro y a la gallinita poniendo el huevo; hacía juegos de manos, con o sin baraja, sabía tocar un acordeón de doble teclado y cantaba con voz de tenor el *Dominó Azul* y el *Spirto Gentile*. Sabía cantar muchas más cosas; pero lo disimulaba celosamente.

Sobre su pasado, total y absolutamente desconocido para los madrileños, circulaban muchas leyendas, algunas de ellas infamantes. En unas tertulias se decía que de recién nacido fué depositado en la Inclusa de Cuenca, y de allí lo sacó una buena mujer para criarlo

en un pueblo de la provincia de Jaén. En otras, que había sido capitán de Intendencia y lo expulsaron por no llevar las manos aderezadas con arreglo a los cánones. En otras, que trabajando con la parte opuesta al vientre logró hacerse abogado al cabo de diez o doce cursos en la Universidad Central. Nada de esto es cierto. Yo, aun cuando ya prevengo de antemano al lector que es larga y complicada, quiero recomponer aquí su verdadera historia y explicar cómo llegó a ejercer tan elevada magistratura.

Nació en Génova, en el *vico* que hay a la espalda de la *Trattoria speciana*, en medio del arroyo, pues a su madre, que ejercía allí su modesta y deleitosa industria, la sorprendió su hora lejos del *albergo* y sin una lira en la faltriquera. Su paternidad no se la disputaron, como la de los hijos de Ninón de Lenclos, abates, guerreros ni príncipes;

pero hubieran podido disputársela un francés escapado de Cayena, un marinero holandés, tatuado, por cuyas venas circulaba más ginebra que sangre, y un napolitano sin oficio que a los cincuenta años cumplidos arribó a Génova para cambiar de sexo.

De chico merodeó por los muelles de Sampierdarena, y ya zagalón entró a servir en el *Ristorante de Vittorio*; pero no en calidad de camarero, sino para abrir y cerrar la puerta y tomar los sombreros y los gabanes a los comensales.

Logró allí hacerse popular y simpático, gritando con su limpia voz de tenor:

—*¡Vade súbito a la tabola degli spagnoli!... ¡Oh cara Spagna!... ¡Vade súbito a la tabola dei tedeschi!... ¡Oh cara Germania!*

Pero un buen día se enamoró furiosamente de un sacerdote cismático



griego que frecuentaba el *ristorante*, y lo tuvieron que echar poco menos que por la ventana.

Después se alistó en una compañía de opereta, la de Giovanini, si mal no recuerdo, y con ella vino a Madrid en calidad de *comprimario*.

Giovanini lo licenció yo no sé por qué causa, y, como consecuencia, tuvo el honor de conocer y saborear reiterada y tenazmente el hambre madrileña.

Pronto se hizo un repertorio de picardías adecuado a su condición, y como un día supiera que iba a casarse un príncipe y que daban cincuenta duros a todos los que en el mismo día se desposaran canónicamente en Madrid, él, que se había hecho judío en Génova con su cuenta y razón, se elaboró a brazo unos papeles y se casó con doña Celestina Retuerce, alias *la Gorriona*.

Cobró sus cincuenta duros y con

ellos se echó un remiendo en el estómago y varios en la ropa; pero *la Gorriona* se obstinó en exigirle el fiel y exacto cumplimiento de los deberes de marido, así los de dintel adentro como los referentes a subvenir a las necesidades de su vida, y él, que había venido al mundo para todo menos para trabajar, tomó las de Villadiego y se marchó a cantar opereta italiana nuevamente en las ciudades más populosas del Tirol y de la Yugoslavia.

Algunos años después, los gobernantes españoles hubieron de alarmarse ante la facilidad con que los delinquentes saben aquí sustraerse a las garras de la Policía y a las sanciones de la Justicia; pidieron un informe al Instituto de Reformas Sociales, y el señor de Pasitrote, que fué ponente, lo emitió en estos términos:

«Señor: Dos son principalmente las razones generatrices del fenómeno que

V. E. ha sometido a nuestra consideración y estudio.

La primera, de carácter epidérmico, por así decirlo, está en la dulzura del carácter meridional; somos meridionales; somos blandos; somos dulces; y cuando somos policías, no por eso dejamos de ser blandos y dulces.

La segunda, de carácter medular, es más abstrusa y compleja. La hemos descubierto al estudiar los crímenes sociales: toda bomba, toda muerte violenta de un patrono, se deben a un complot de elegidos entre los trabajadores manuales, que se sortean para cometer estos actos de propaganda por el hecho; y si el *agraciado* no lo ejecuta en el plazo señalado, lo ejecutan a él. Esto, señor, no tiene vuelta de hoja. Está escrito en novelas de autores respetables y en infinidad de alegatos de Fiscalía y de atestados policíacos.

Pues bien, señor: todos los que en-

tran en estos sorteos son más listos que los agentes de la Policía y saben escaparse. En estas luchas, los más listos vencen siempre, señor...»

Seguía el informante hasta cubrir con sus luminosas razones ochocientas páginas en octavo mayor; pero el Consejo de Ministros vió en estos párrafos la clave y no quiso saber más.

Resolvió que era preciso traer de fuera un director que guiase a los demás con su pericia y castigase con mano dura al mundo delincuente.

—Contratemos un detective—propuso Calderilla, que a la sazón desempeñaba—o empeñaba—la cartera de Hacienda.

—Usted siempre en la higuera como Bocaccio, querido Calderilla—repuso Faltaipasa, que era ministro de Gobernación—. ¡Poco que se iban a reir de los trucos de un detective Gandinga, el Señorito, el Trabilla, el Colorao,

el Bigotes, Mangazo, Cartagena y todos nuestros delincuentes profesionales!

—Además — intervino don Acacio Rupestre, el de Instrucción pública—, al detective acabarían por hacerle gracia las cosas de nuestros golfos y se familiarizarían con él hasta regalarle un monóculo de honor.

—Yo creo — resolvió Faltaipasa — que Rusia ha sido el país de la Policía sutil y fundamental, sobre todo para la delincuencia política y social, que es lo que aquí nos hace falta. Es probable, además, que hoy, con tal de no pasar allí fatigas, viniera por cualquier precio alguno de los que mejores servicios prestaron al trono de los Zares.

Así se acordó, y ocho días después, con el encargo de contratar en Rusia un buen director de Seguridad, salieron para el ex Imperio cuatro jefes de Negociado, cuatro lumbreras de la ciencia

administrativa y del arte taumatúrgico del expediente.

Para que la historia guarde sus nombres en la merecida hornacina, los transcribiré, honrándome con ello. A saber:

Don Quintiliano Borronero, jefe de la expedición. Cuarenta años de buenos servicios al Estado; votó siempre con la candidatura que el Gobierno le dió y llegó a sesentón sin haber viajado más que en el tranvía.

Don Tito Falsilla, un poco más joven que don Quintiliano, funcionario probo hasta el extremo de que se llevó en el maletín unas minutas para copiarlas en los ratos de ocio. Tampoco había montado en el tren más que una vez para ir a la estación *larga* de Getafe, y de allí al Cerro de los Angeles.

Don Roque Fort, sordo como una tapia, inútil como un encendedor; pero pariente del ministro, que vivía atrasa-

dillo desde que se casó su hija Lulú y necesitaba de las dietas.

Y Jacinto Grasilla, también pariente del ministro, el más joven de los cuatro, que iba de secretario de la Comisión; pero le daba un poco miedo de los bolcheviques y se proponía amainar en cualquier ciudad de Italia, declinar la secretaría sobre don Tito y esperar allí el regreso de sus compañeros.

Describir las aventuras de los cuatro excelentes jefes de Negociado en su viaje por países para ellos total y absolutamente desconocidos y en la búsqueda de un director policíaco adaptado al patrón que en el Ministerio les dieran, ocuparía diez veces las páginas a este libro destinadas, y además, emprender ahora su relato minucioso resultaría demasiado cruel, puesto que todavía tenemos al pobre Chatarramendi en el calabozo de la Inspección

de guardia de la Dirección general de Seguridad.

Baste saber que llegaron a Venecia y allí se detuvieron unos días para descansar y tomar rumbo, así como para contratar un guía, pues sin él no se atrevían a salir del país del arte, de los vinos y de las frutas.

Almorzaban una mañana la sabrosa comida *casalinga* de casa de Panadas. Hablaron, como siempre, de su ya inmediato viaje a Rusia y de lo que debían hacer para cumplir su cometido. El mozo que los servía, que era un gallego más listo que don Francisco Bergamín, aunque la comparación parezca exagerada, ocultó cuidadosamente su nacionalidad, se fingió ex combatiente de la gran guerra, les declaró haber estado en Rusia mucho tiempo y se ofreció a guiarlos si de algún modo le recompensaban por la pérdida de su destino.

Quedó cerrado el trato; salieron en el exprés para Trieste y de allí, bordeando en el tren la hermosa bahía, se internaron en la Yugoeslavia.

Cuando llegaron a Zara, les dijo el galleguito:

—Ya estamos en Moscú.

Y se lo creyeron como doctrinos.

—Pero si en la tablilla de la estación decía *Zara*—se atrevió a replicar don Tito.

—Es que la revolución le ha cambiado el nombre, como hizo antes convirtiendo en Petrogrado San Petersburgo.

Con esta afirmación rotunda del gallego quedaron plenamente convencidos.

Los alojó en un buen hotel, los dejó reclusos en sus habitaciones y marchó decidido a un teatro en donde actuaba Botarato ff.

Ya comprenderán mis lectores que el marido de *la Gorriona* no se llama-

ba así; pero así le llamaban porque llevaba este nombre el personaje de una opereta húngara—las operetas vienesas son húngaras, queridos amigos del escalpelo teatral—que representaba con gran éxito.

En el camerino de Botaratoff tuvieron rápidamente esta conversación:

—¿Tú me quieres pagar las dos mil quinientas liras que me debes?

—Querer sí quiero; pero aunque me ves vestido de prefecto de policía rusa, sigo siendo pobre de solemnidad.

—¿Quieres ser prefecto de policía de veras, con un buen sueldo, casa, coche y *ainda mais*?

—¿En dónde?

—En España.

—Pero, ¿también ha habido allí revolución?

—No; se trata de engañar a unos paletos, y mientras dura, vida y dulzura, como dicen en mi aldea.

—En España no puedo.

—¿Por qué?

—Por *la Gorriona*.

—En cuanto llegues le das una *quin-cena*, y en cuanto se le acabe, otra y otra y otra.

—Pero en España un prefecto de la policía, ¿puede hacer eso?

—Eso y mucho más. ¿Te decides?

—Decidido.

—Pues si me firmas una letra para pagarla en España cuando estemos allí y tú ocupes tu cargo, mañana te presento a tus contratistas. Tenemos que decir que procedes de la corte de los Zares, que eres un policía ruso de punta y de pelo en pecho.

—Descuida. Te prometo *bordar* mi papel.

Y así vino Botaratoff a esta nuestra graciosa y cándida Villa y Corte, que sin duda será de los milagros hasta la consumación de los siglos.

La buena sombra de Botaratoft y el curioso modo que tuvo de arraigar y de consolidarse en su cargo.

Desde que partieron las cuatro lumbreras administrativas en busca de un prefecto hasta que regresaron con él, hubo en España seis o siete crisis ministeriales.

La cartera de Gobernación, de las manos pecadoras de Faltaipasa, fué a las manos liliales de Purpurina; éste la entregó al duque de Pega y a éste se la sustrajo don Hugolino Cachaldoira y Ladínez, que era su titular cuando llegó a Madrid Botaratoft.

Lo hizo acudir a su presencia Cachaldoira sin perder minuto y se encerró con él en un despacho de paredes blindadas contra las *star* amenazadoras, y acolchadas contra los oídos indis-

cretos, pues Cachaldoira padecía de un miedo tan grande que le había hecho enfermar, no del corazón, según los doctores que cuidaban su preciosa salud, sino del vientre.

—¿Habla usted español?—preguntó a Botaratoff.

—Sí, exchelensia.

—¡Me alegro! ¡Qué peso me ha quitado usted de encima! Yo no hablo más que gallego y alguna palabrita suelta de castellano. Temía que no pudiéramos entendernos.

—Hable, exchelensia, y ya verá cómo nos entendemos.

—Bien. Necesito encontrar en usted un director general de Seguridad de cuerpo entero, que por nada vacile y ante nada retroceda, que se mueva lo mismo dentro que fuera de la ley.

—Cuenta con todo eso.

—Conviene que usted sepa que mi vida corre peligro; quieren matarme los

terroristas, y mi vida es lo primero que debe usted garantizar.

—Si me dan medios...

—¡Todos! ¡Cuenta con todos! España no podría subsistir sin mí y es preciso salvar mi vida. Cuenta con hombres, con fusiles, con cañones, con bombas, con aeroplanos, con buques de guerra, con submarinos, con tanques y con los millones precisos para sostener todo este aparato.

—Si así es...

—Tiene usted además carta blanca para deportar, para encarcelar, para expulsar de España, y hasta para matar, cuando las circunstancias lo justifiquen.

—Tanto no hará falta...

—Usted no sabe cómo está esto. Hace falta todo eso y acaso más. Sobre todo, usted no se detenga a saber si hace o no falta. Su misión es cumplir mis órdenes al pie de la letra, pero

haciendo ver que son cosas de usted y que yo nada he dispuesto. Para eso voy a hacer de usted la primera figura de la nación. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

—Vamos, pues, a los detalles. Comencemos por el uniforme. Vea estos figurines y elija el que más le guste.

Botaratoff eligió el más aparatoso de todos: uno que tenía grandes solapas forradas de oro, cuatro anchos galones en las bocamangas y enlazadas por pasadores de oro y pedrería las dos carreras de botones de la casaca. Complemento del traje eran siete fajines de los siete colores del iris, cuatro pistolas de diferentes calibres y un espadín como los que nuestros guerreros de las edades pretéritas blandían con las dos manos.

—Las condecoraciones siempre están aquí bien vistas; elija usted algunas para que se las pegue el sastre a la casaca.

Le ofreció el muestrario de la bisutería oficial, y Botaratoff tomó veintinueve cruces entre grandes y pequeñas.

—Para su escolta—le advirtió Cadchaldoira—, puede usted tomar los guardias que quiera.

—¿Cuántos hay?

—Unos veintiocho mil; pero podemos aumentar la cifra si le parece conveniente.

—Ya veremos. ¿Tienen músicas sus regimientos?

—No habíamos caído en ello.

—Pues lo primero que haré es organizar una, para que al entrar y al salir de mi domicilio oficial me toque el himno ruso.

—Está bien; pero, además, ¿no le parece conveniente aumentar el número de guardias?

—¿Y si protesta la opinión?

—Ya he pensado yo en ello; pode-

mos hacer una cosa: lo que se hizo con los reyes de piedra que decoraban las cornisas del Palacio Real: cuando se temió que pesaran demasiado, los embalaron cuidadosamente y los mandaron a provincias. Puede usted crear más guardias, cuarenta mil, cincuenta mil, cien mil, los que quiera, y mandarlos a los pueblos, pero cerquita para que vengan pronto en un caso de apuro.

—Lo difícil va a ser reclutarlos ahora que los peones de albañil ganan dos duros de jornal.

—Por eso no se preocupe; aquí a la gente no le atrae tanto el ganar dinero como le atrae el no trabajar y tener siquiera un par de centímetros de autoridad.

—Y, además, ¿para qué queremos tantos guardias?

—Veo que no me entiende usted y voy a tener que hablarle con demasiada claridad.

—Puede hacerlo con toda confianza.

—A los obreros que no podamos encarcelar por falta de locales o de disculpas, los conduciremos por carreteras y por caminos, de pueblo en pueblo, mientras permanezcamos en el poder, y para esto hacen falta guardias que los escolten.

—Comprendido.

—A todos los que no piensen como nosotros, debe usted hacer que los sigan por lo menos media docena de guardias, vestidos de paisano para disimular.

—Y ¿con qué fin?

—No se me oculta que ahora los revolucionarios son inofensivos; pero a veces a nuestros adictos les da la gana de emprenderla contra ellos a tiros, a cuchilladas o con bombas de mano; los guardias en estos casos deben proteger la retirada de los agresores hasta que por completo queden a salvo, tanto de

las represalias como de la acción de la justicia.

—¿Manda otra cosa más su excelencia?

—Sí; aún estamos en el prólogo; pero por hoy, a mis instrucciones, sólo quiero añadir dos cosas fundamentales. Primera: que para montar todo ese aparato y movilizar todas esas fuerzas, necesita usted algunos cientos de millones de pesetas: los tendrá; los fondos secretos ni se cuentan ni se miden; pero por si algún día nos pidieran justificación, usted cuando mueva cuatro guardias dice que ha movido cuarenta, y así va dejando al margen unos cuantos millones que me hacen faltan para sostener en Galicia las freidurías de buñuelos electorales y para terminar de construir unas cuantas casitas que estoy haciendo en Madrid, y la carestía de los materiales y de la mano de obra y el afán de lujo que a mi familia le ha en-

trado, aun cuando la desteté con borroña, me han dislocado los presupuestos.

—¡Ahora sí que lo comprendo todo! Adelante:

—Segunda: la protección para mi vida ha de ser la ocupación principal de usted mientras el cargo le dure, aun cuando yo deje de ser ministro. ¿Me lo jura?

—Se lo juro.

—Pues por ahora, nada más. Venga mañana y le enseñaré el borrador de la *ley de la fuga* que habremos de poner en vigor en cuanto usted tenga el número suficiente de desalmados para ejecutarla.

—¿En toda España?

—Por ahora la ensayaremos en Barcelona; si Dios me sostiene en este puesto, la extenderemos a toda España e islas adyacentes.

Y de este modo quedó Botaratoff consagrado, consolidado y arraigado en su cargo y en pleno uso, abuso y disfrute

de las facultades que le otorgó Cachal-
doira y de muchas otras que se tomó él
por su cuenta y riesgo.

Nuevo y confortable alojamiento de Chatarramendi. La mejor y más adecuada preparación para unos ejercicios espirituales.

—Al menos le daremos de cenar, o le permitiremos, mejor dicho, que a sus expensas coma—había propuesto el inspector a su jefe.

—De ningún modo. ¿Cuándo se va usted a convencer de que la dieta es la mejor y la más adecuada y razonable preparación para el ejercicio espiritual que la cárcel y la celda imponen?

—Señor, que para cuando llegue allí habrán tocado a silencio y no podrá adquirir nada.

—Por eso no se morirá, y si se mue-

re, poco perdemos. Ya sabe usted que es un criminal de cuidado.

Desde las siete de la mañana, que eran cuando llegó el tren de Bilbao, hasta las nueve de la noche, que daban cuando, fuertemente esposado y conducido por medio ciento de guardias de a pie, de a caballo y motoristas, hizo el pobre Chatarramendi su entrada triunfal en la Cárcel Modelo, no consiguió probar bocado, cosa gravísima para él que acostumbraba a hacer diariamente seis refacciones, y que un día, sin apuesta, se comió en el Bilbaíno veinte huevos fritos.

Pero no por eso decaía su ánimo, ni aun protestaba seriamente de su desventura. De su frase hizo un tónico: —documentos no tienes, en cársel vas; bien me parese—, y lo tomaba a grandes dosis, prometiéndose vivir unas cuantas semanas en Madrid, cómodamente, al amparo de aquella policía tan

escrupulosa, tan paternal y tan admirablemente organizada.

—De comer o así ya darán—dijo al empleado que sentaba su filiación en el libro registro.

—¿No has estado aquí nunca?

—Nunca estuve.

—¿De veras?

—De veras, te juro.

—Pues mañana a las siete te darán la bolla y a las once el rancho. Hasta entonces tienes que ayunar.

—Si así está en la ley, bien me parese.

Dió el empleado un recibo a los guardias y llamó a un celador para que lo condujese a su celda.

Cuando contempló el escuálido jergón, brilló en sus ojos un relámpago de alegría.

Cerró el empleado la celda con varias llaves y cerrojos, y quedó sumido en la obscuridad más absoluta. Aque-

llo le desagradó un poco; pero aún no había tenido tiempo de comentarlo, cuando sigilosamente abrió de nuevo la puerta un preso que hacía de ordenanza. De la galería entró un tibio resplandor que un momento le sirvió de consuelo.

—Al vigilante le has caído bien, y te manda este cabezal. Mantas no tenemos.

—Gracias le das.

—Ya sé que vienes de quince. ¿Cuándo te han cogido?

—Esta mañana a las ocho.

—Pues menuda gazuza traerás.

—Si pillaría ahora un lechonzillo...

—Eso no hay aquí, y además está cerrado el economato; pero si tienes dinero te puedo buscar algo en las celdas de los caballistas.

Chatarramendi puso un duro en manos del ordenanza, que salió para volver algunos minutos más tarde con un



chorizo, un pedazo de pan duró y un cabo de vela.

—Esto es todo lo que he podido encontrar, y lo han cobrado a buen precio; del duro sobra un real.

—Para ti guardas.

—Gracias.

Le encendió el cabo de vela y salió silenciosamente, como había entrado.

Chatarramendi se lanzó furioso sobre el chorizo y el pan, que en aquella ocasión le parecieron manjares dignos de los dioses.

Se acostó. Su sueño fué tan profundo, que sin darse cuenta resistió todas las acometidas de la fauna doméstica, brillantemente representada con selectísimos ejemplares en todas las celdas de la Cárcel Modelo.

La luz del día lo despertó, y su primer bostezo se vió interrumpido con el crujir de llaves y cerrojos en su puerta.

Hiciéronle vestirse a toda prisa y sa-

lir. En fila con otros presos lo condujeron al Gabinete Antropométrico, en donde fué sometido a una minuciosa disección literal, y le fueron tomadas las huellas dactilares en la misma forma que con él mismo lo habían hecho en la Dirección de Seguridad.

Terminada aquella operación volvieron a recluirlo en su celda; pero, antes de entrar, preguntó al vigilante:

—¿Mandar carta o así ya podré?

—De ningún modo; el director de Seguridad ha prohibido del modo más terminante y absoluto que te comuniqués con el exterior.

—Pues y ¿cómo van a saber familia y amigos?

—No te apures, que tarde o temprano se sabe todo.

Y le cerró la puerta blindada, con tres cerrojos y dos llaves.

Chatarramendi se tumbó de nuevo en su camastro y volvió a quedarse dor-

mido. Unas cuantas horas después lo despertaron unos ruidos que sonaron fuertemente en la puerta de su celda. Abrieron desde fuera una ventanilla en ella recortada, y le dieron un pote de rancho. Era un caldo rojo, de mal olor, en el que flotaban unos pellejos de judías y de garbanzos.

Ahondó con la cuchara y no encontró más.

Aquello ya comenzó a parecerle un poco desproporcionado con su culpa.

Tiró el potaje en el zambullo y comenzó a pasear filosóficamente.

Poco después recibió por segunda vez la visita del ordenanza de la galería.

—Supongo—le dijo—que no te habrá gustado la menestra. Si quieres, te puedo traer del economato latas de sardinas, bacalao, chocolate, chorizos como el de anoche... lo que quieras.

—Tráeme todo lo que den por ese

duro, quitando para ti un par de reales.

Y puso en manos del ordenanza el resto de su peculio.

Chatarramendi es al fin redimido a metálico por sus amigos, y sale de su cautiverio agradecidísimo al celo tutelar de Botaratoff.

Dos días le duraron las viandas que adquirió para él el ordenanza en el economato de la cárcel. En el siguiente pasó hambre, el cuarto comió—mejor dicho, bebió—el rancho, venciendo las náuseas, y el quinto, aquel condumio le pareció una comida razonable.

Al día siguiente de su detención, a la misma hora en la que el desventurado Chatarramendi era sometido a disección literal en el Gabinete Antropométrico de la Cárcel Modelo, llegaron a Madrid sus amigos y quedaron dis-

gustados y perplejos al no encontrarlo en el hotel convenido.

Preguntaron durante todo el día a los bilbaínos residentes en la Corte y en los centros por ellos frecuentados; pero de nadie obtuvieron el rayo de luz. Por la noche celebraron una conferencia telefónica con Bilbao para preguntar, discretamente, con el fin de no alarmar a la familia, si al verse solo, asustado, había resuelto regresar a sus lares.

Ante la contestación negativa comenzaron a pensar en una desgracia, y a la vez que en Madrid, en Bilbao fué corriendo de oreja a oreja la triste conjetura, hasta llegar a la familia, que presa de la mayor desolación y con los vestidos de luto en el baúl, resolvió tomar el camino de la Corte.

Por su parte Chatarramendi todos los días preguntaba al vigilante:

—¿Carta o así ya podré mandar hoy?

Y recibía, invariablemente, la misma contestación:

—El señor Botaratoff no ha revocado la orden; así que no podemos dejar que te comuniqués con el exterior.

El cuarto día, Carcaberri, que tenía sobre su conciencia las consecuencias lamentables de la aventura, se escamoteó hábilmente a sus amigos y acudió a consultar el caso con don Indalecio.

—De forma que lo dejasteis llegar a Madrid solo, sin dinero y sin documentos.

—Así es.

—Pues no te quepa duda de que Botaratoff le ha dado una quincena. Vamos a la Dirección.

Botaratoff, siguiendo la práctica que tenía establecida, retuvo durante más de una hora en su antesala a don Indalecio y a Carcaberri.

Durante su estancia vieron pasar al despacho del personaje dos parejas de

frailes barrigudos, tres de monjas escualidas, treinta y nueve tahures, un zagalón que comportaba un haz enorme de vergajos, el contratista de los caballos muertos en la Plaza de Toros, que iba a llevarle la cantidad mensual con que contribuía a la beneficencia a cambio de una disposición que obtuvo para poder proteger con una arpillera sus pieles, y un mozo de café que cada diez minutos entraba puntualmente con un jarro de espumosa cerveza.

Al cabo de una hora un señorito que sin duda hacía de secretario de Botarotoff se cuadró delante de don Indalecio y levantando con la mano izquierda la solapa de su chaqueta para que destacara el distintivo de la indispensable condecoración, le dijo:

—Don Indalecio, el señor director lo siente mucho, pero no puede recibirles. Díganme a mí lo que quieren.

Dudó un momento don Indalecio so-

bre si debía mandarlo al paseo de los Ocho Hilos o a la Venta de Eritaña con condecoración y todo; pero ante el compungido *coram vobis* de Carcaberrri, decidió aceptar aquella situación molesta.

—Queremos—dijo—saber si tienen ustedes detenido a un bilbaíno que se llama don Aniceto de Chatarramendi.

—¿Se interesa usted mucho por él, don Indalecio?

—Sí.

—Pues siento decirle que trae usted un mal negocio. El que así dice llamarse ha tomado parte en muchos crímenes sociales y en el asalto en Barcelona al Banco de Bogotá.

—¿Pero esto es una jaula de locos o se han propuesto ustedes volvernos locos a todos? ¡Vaya una plancha de tamaño natural! Chatarramendi es un infeliz, conservador, burgués, con más millones que pesa, y no ha salido de

Bilbao hasta que este señor lo invitó a pasar aquí en Madrid unos días.

—Mire, don Indalecio, que lo hemos fichado cuidadosamente y ya sabe usted que los procedimientos inquisitivos de Bertillón, de Locard...

—¡Pero lo han fichado!—exclamó Carcaberri preñados de lágrimas los ojos.

—Bueno, déjese ya de fichas y de procedimientos y dígame de mi parte al señor Botaratoff que una vez más ha metido la patita.

—Don Indalecio, por Dios... Usted atenta contra el pan de mis hijos...

—Que indudablemente está por encima de la honra de don Aniceto y de la tranquilidad de su familia. Dígaselo si no quiere que éntre yo violentamente y se lo diga a gritos.

Desapareció el secretario tras de la mampara; hubo un momento de silencio y volvió a salir, encendido el rostro y los ojos saltones:

—Don Indalecio de mi alma, el señor Botaratoff quiere servirle a usted; pero no encuentra medio. Tiene vehementes indicios, casi pruebas, de que la persona por quien usted se interesa es un verdadero criminal. Hoy habrán llegado para reconocerlo en rueda de presos las viudas y los huérfanos de sus víctimas y los gerentes de los Bancos asaltados. Esta tarde practicaremos la diligencia y para facilitarla hemos traído del Gabinete Antropométrico estas fotografías que entregaremos a quienes han de intervenir en ellas. Véalas usted.

Y mostró unos retratos en los que aparecía Chatarramendi sin cuello ni corbata, con el rostro torturado por el calvario que a su filiación había servido de prólogo, de costado y de frente, cara al sol, con un número sobre uno de los hombros.

—¡Qué infamia!—exclamó don Indalecio.

—No se preocupe: si lo reconocen, como es de suponer, nada perdemos, porque usted no va a seguir siendo el valedor de un criminal así; y si no lo reconocen, todo quedará reducido a una quincena, según ha dicho el señor director.

—En resumen, que ese señor hermético tira la piedra y esconde la mano, y no podemos verle.

—Por lo menos hágame usted el favor de aguardar el resultado del reconocimiento en rueda de presos, que haremos esta tarde.

—Pero eso ¿lo ha dispuesto el juez?

—No, señor; es cosa de mi jefe. Los jueces hacen mal todas estas cosas; no se toman interés. ¿A qué juez se le hubiera ocurrido repartir previamente fotografías entre los que han de asistir a la diligencia?

—¡Como que eso es una infamia!

—Por Dios, don Indalecio...

—Bien. Vámonos. Llamaremos a otra puerta. Dé usted las gracias en mi nombre a Botaratoff.

—Y en el mío—añadió Carcaberri con la voz temblante de rencor y de ira—dise que recuerdos a su madre.

—Pero, ¿usted la conoce?

—No; ni él tampoco. Quien la conoce eres tú, de cuando la tuya enseñó a todos la cartilla.

Don Indalecio cortó la conversación sin dar tiempo a que el policía replicase, y tomando del brazo a Carcaberri, que se mostraba dispuesto a *remachar*, lo arrastró a la escalera.

A las seis de la tarde, don Indalecio recibió un recado de Botaratoff, para que fuese a verle con la mayor premura. Requirió a Carcaberri y se encaminaron juntos nuevamente a la Dirección general de Seguridad.

En la antesala de su excelencia esperaba una fauna idéntica a la que vieron

desfilan por la mañana: tahures, frailes, monjas, vendedores de vergajos y abastecedores de cerveza. Les hicieron aguardar muy poco. El propio Botaratoff, que se había puesto de gran uniforme, con sus veintinueve grandes cruces y su espadón, abrió la mampara y llamó por su nombre a don Indalecio.

—¿Ve usted—le dijo, después de ofrecerle una silla—cómo no somos tan malos? El resultado de la diligencia ha sido favorable para su protegido y puedo tener el gusto de servir a usted. Yo tengo acerca de su recomendado mi opinión. Los perjudicados por estos delitos son tan cobardes...

—Bueno — intervino Carcaberri —; ¿cuándo sale don Aniseto?

—Despacio, señor mío, despacio—repuso Botaratoff—; lo que no me discutirán ustedes es que llegó a Madrid sin documentos.

—Pero nosotros tenemos.

—No importa. Por esta infracción le impongo quinientas pesetas de multa, o una *quincena*, elijan ustedes.

—¿Nada descuenta de cinco días que te lleva?

—Nada.

Y Carcaberri extrajo de su hinchada cartera un billete de cien duros, que puso, radiante de alegría, en manos de Botaratoff.

—Dé usted gracias—concluyó éste despidiéndolos con un gesto de teatral majestad—a la intervención de don Indalecio, que si no, para rato tiene. Dentro de una hora llegará a la cárcel la orden de libertad.

—Y una hora, ¿para qué?—preguntó don Indalecio—. ¿No puede usted decirlo por teléfono?

—Es preciso registrar la comunicación en treinta y cinco archivos y poner notas marginales en las fichas antropométricas.

—Bueno; lo que usted quiera. Procure que esa hora sea cortita...

En un coche de punto marcharon desde allí a la cárcel, y en el despacho del director aguardaron la orden de liberación de Chatarramendi.

Al fin, después de larguísima espera, compareció éste de rejas adentro, como dice el ritual forense, para que el empleado del Registro cancelara el asiento.

Al verlo, Carcaberri no pudo contener las lágrimas, ni reprimir un grito de alegría.

—¿Ya te perdonas, eh?—le preguntó cuando pudo hablar.

—No hay por qué—repuso Chata-
rramendi—. Documentos no tienes, en
cárcel vas... ¿Senar o así ya podremos?

—¡Y con champán! ¡No faltaba
más!—exclamó conmovido Carcaberri.

Por el camino convenció a su amigo
y estuvo a punto de convencer a don
Indalecio de que la Policía era la cosa

mejor del mundo, y gracias al celo de la de Madrid podrían vivir tranquilas y felices las personas decentes.

Botaratoff el mayestático se digna conceder audiencias y presta oídos y remedio a las quejas y a las representaciones de sus súbditos.

Cuando los valedores de Chatarramendi traspusieron el umbral de la puerta del despacho de Botaratoff, éste apuró de un trago un doble de cerveza que había escondido debajo de la mesa para que no lo viera don Indalecio, se levantó, se alisó delante de un espejo las arrugas del gran uniforme y por medio de un timbre llamó a su secretario particular.

Cuando lo tuvo presente y cuadrado, dijo sin mirarle:

—Considerando: que aun los más

altos funcionarios del Estado tenemos el deber de echar a perros algún rato de nuestro tiempo.

Considerando: que no todos los días ni a todas horas puedo ponerme este gran uniforme con el aditamento de sus grandes armas y sus grandes cruces, porque no hay siempre a mano un motivo que lo justifique y porque, además, se deslucirían rápidamente sus bordados.

Considerando: que quienes a nosotros acuden han de encontrarnos rodeados del mayor y más brillante aparato, con el fin de que puedan formar la convicción de que por todos conceptos somos superiores a ellos.

Considerando: que en este momento place así a mi voluntad mayestática,

Vengo en disponer y dispongo que me haga usted traer seis dobles de cerveza fresca y dé luego entrada por orden de antigüedad a los pretendientes

que en la antesala aguardan la gracia de mi acogida.

El primer *favorecido* fué un señor de edad ya madura que vestía una larga levita negra un poco arcaica. Hizo al entrar una reverencia tan profunda que parecía como si tratara de arrodillarse y besó la mano del prefecto.

—Diga en seguida quién es y a qué viene, que mi tiempo es oro—le ordenó Botaratoff.

—Señor—repuso el viejo con acento lastimero—, soy el juez a quien vucencia ha impuesto la multa de quinientas pesetas.

—Supongo que vendrá usted a pagarlas.

—No puedo, señor, no puedo. Nuestros sueldos son mezquinos y no tenemos gajes, manos sucias ni fondos secretos. Si vucencia no me la condona, tendré que ir a la cárcel.

—Pues vaya enhoramala.

—Permítame al menos, señor, una explicación. Yo no he querido agraviarle.

—Pero me ha faltado usted al respeto. De sobra sabe que soy excelentísimo e ilustrísimo señor, y en su comunicación no me pone más que excelentísimo.

—Yo, señor, ignoraba...

—¡Embustero! ¿Cómo va usted a ignorarlo? Cualquiera pobre diablo que tiene una gran cruz, es por ello excelencia, y yo que tengo veintinueve y el cargo además, no voy a pasar de ahí...

—Yole prometo que en lo sucesivo...

—¡No faltaba más! ¡Por la cuenta que le tiene! Si me vuelve a cercenar el tratamiento le estaré empalmando quincenas hasta que nos muramos uno de los dos.

—Está bien, señor; pero la multa de ahora me la perdona...

—¡De ningún modo! Por gracia espe-

cial le doy veinticuatro horas para hacerla efectiva. Ni un minuto más. Puede usted retirarse.

—Quería hablarle también de un asunto de mi Juzgado.

—Diga.

—Hoy hace ocho días mataron a un hombre en la calle de las Infantas; la policía cogió en el acto, según he leído en los periódicos, a los autores, y en el Juzgado estamos esperando que nos los entreguen para instruir el sumario.

—Yo los mandaré cuando me dé la gana. Vaya con Dios y métase en lo que le importe.

Correspondió luego el turno a una comisión compuesta de cuatro señoras envueltas en largos mantos de crespón verdinegro.

—Señor—dijo la que parecía presidir—, somos las hermanas mayores de la bendita Santa Ana, y venimos a dar a usía ilustrísima las gracias, y a felici-

tarle, por los esfuerzos que dedica a moralizar las protervas costumbres de estos tiempos.

—Tomen asiento, señoras mías. No saben cuánto les agradezco su atención. El parabién de ustedes me alienta para continuar mi penoso camino, y no he de parar hasta concluir con todos los vicios. Entre otras cosas, me propongo imponer quincenas a las modistas y modistos que no sometan a mi censura los modelos de cada estación.

—Dios se lo pague.

—Tengo aquí, además, una lista de los cuadros que pienso retirar del Museo del Prado.

—Señor, también le agradeceríamos que al dios Neptuno mandara ponerle una túnica.

—Muy bien pensado.

—Y unas arpilleras, por lo menos, sobre los cuartos traseros al caballo de la Plaza Mayor.

—Y al de Espartero—se permitió añadir otra de las damas.

—¿Para qué?

—Pero usía ilustrísima no se ha fijado?

—¡Ah, sí! Ahora mismo irán los guardias.

—Y si usía ilustrísima quisiera interceder con el señor Obispo para que en los templos, al rezar en voz alta la letanía, no se repitiera tanto cierta palabrita malsonante...

—Comprendido; le pondré ahora mismo una comunicación.

—Nosotras comprendemos lo mucho que tendrá que sufrir usía ilustrísima con esos malos cristianos que han dado en censurar y criticar sus actos piosos.

—No lo crean ustedes. Me río de todos porque no saben lo que se dicen. Ya ven si han dicho cosas sobre la separación de sexos que yo establecí

en los cines; pues los muy burros no saben que en tiempos de Isabel II hizo una cosa parecida el padre Claret en las iglesias con el público que asistía a sus sermones, cuando mandó a las mujeres al altar mayor y a los hombres al coro, al grito de ¡abajo pantalones y arriba faldas! Pero yo les aseguro que seguiré mi camino de moralización, y al que proteste lo haré ahorcar, sea quien sea...

En aquel momento el secretario abrió medrosamente la mampara.

—Señor...

—¡No sea indiscreto! ¡No me interrumpa...!

—Es que... señor...

—Si es el ministro, que se aguarde.

—Perdone vucencia... pero...

—Si no puede aguardar, que vuelva; y si molesta mucho le doy una quinceña... ¡No faltaba más...!

—Señor... es que... no es el ministro...

—Pues ¿quién es que así se atreve...?

—Señor... ¡la *Gorriona*...!

—¡María Santísima! ¡Salgan ustedes...!

Salieron asombradas las beatas. Botaratoff montó a caballo en su mandoble y huyó por una puerta secreta gimoteando:

—¡La Go... la Go... la *Gorriona*... que no... estoy... que me he muerto... que le apli... que le apliquen la ley de la fuga...!!!

Comienza Chatarramendi a gozar de las delicias cortesanas.

Los amigos de Chatarramendi determinaron pagar a escote las quinientas pesetas de la multa, dado que ellos habían sido los causantes de la falta.

El interesado se resistió, alegando que al llevar la cédula y demás justificantes en el bolsillo y no en la maleta,



nada le hubiera ocurrido, y siguió justificando con su tópico pertinaz a Botaroff y a sus huestes.

Instalóse con sus amigos en un hotel de primer orden. Levantáronse todos temprano y le acompañaron a que en un Banco tomara diez mil pesetas sobre su carta de crédito; compró en un bazar una gran cartera de piel roja—la más cara pidió—para colocar los billetes, y se acomodaron en la terraza de un café céntrico, con el fin de tomar el aperitivo y con el propósito de lucir en los calcetines de seda los colores nacionales.

A la una en punto propuso Carcaberri:

—¿Almorzar o así ya os parece?

Y se levantaron después de haber reñido una batalla formidable, cada uno con un billete de mil pesetas en la mano, por quién había de pagar las tres setenta y cinco del gasto hecho.

Momentos antes de llegar al hotel, Chatarramendi comenzó a pasarse nerviosamente las manos por el pecho, como si tuviera dolores en el corazón o punzadas de flato.

—La cartera quitaron—dijo sin dar al hecho una gran importancia.

—¿Con las diez mil pesetas?—preguntó Carcaberri.

—Justas y cabales; pero pronto parezen, con lo bien que está aquí la polisía. Vamos a denunsiar.

Fueron a la Dirección general de Seguridad, y de allí los mandaron a la Comisaría del Centro; pero en esta dependencia, después de examinar varios planos y varios mapas, fallaron que la competencia correspondía a la del distrito del Congreso.

Encamináronse a ella pacientemente y con ella dieron en la calle de las Huertas, después de mucho preguntar.

Al entrar en el vestíbulo tuvieron los

cuatro que taparse herméticamente con los pañuelos la nariz y la boca; del sótano y de los pisos llegaba un hedor nauseabundo, como de muladar o de pudridero.

Ascendieron por una escalera estrecha y sucia y llegaron a un despacho más sucio aún, en el que se desperezaba, tendido en un diván, un funcionario agresivamente chato, que tenía la cara orlada por una barba ratiza, tocaba su cabeza con un gorro encarnado y negro con muchos galones, y envolvía su cuerpo desmedrado en una blusa de dril, que fué blanco, tachonada de lamparones.

—¿Qué quieren ustedes?—preguntó brusco, sin levantarse.

—Haser denuncia.

—Pues tienen que aguardar a que venga el escribiente de guardia, que se ha ido a comer.

Aunque a ello nadie les invitó, se sen-

taron. Minutos después roncaba felizmente el hombre chato del gorro y de la blusa.

Guardaron silencio. En los sótanos resonaban lúgubrementes los gemidos de un niño. Pusieron atención y se enteraron de que entre varios hombres le daban una paliza brutal porque había roto el cristal de una ventana jugando a la pelota.

Cuando ya estaban a punto de ver agotada su paciencia, llegó el escribiente; se incorporó el funcionario; acompañándose de sonoros bostezos dobló un papel, colocó cuidadosamente una falsilla llena de mugre y de borrones, lo entregó todo al recién llegado y comenzó a redactar la denuncia.

—Vaya usted poniendo lo de «tengo el honor, etc.» mientras yo hago el interrogatorio. ¿Cómo se llaman ustedes?

—¿El robado?—preguntó a su vez Carcaberri.

—Los cuatro.

Y minuciosamente fué recabando de todos el nombre, el apellido, la edad, la profesión, el punto de su naturaleza, el de su residencia, el estado y las mismas particularidades con referencia a los padres.

Chatarramendi, encantado de aquella precisión, decía de cuando en cuando a sus amigos:

—¿Qué os parese? ¿Está bien esto, eh? En menos de dos horas, cartera tienes...

Cuando el hombre chato, después de haber rubricado cancellerescamente todas las planas del extensísimo escrito, les permitió retirarse, eran las seis de la tarde, y no tenían en los estómagos más lastre sino aquel aperitivo que les mordía con verdadera rabia.

Merendaron con sobriedad para no estropearse la cena; entretuvieron un par de horas en ver escaparates, toma-

ron butacas para un teatro y a las nueve llegaron al hotel.

—¿Cartera o así ya trajeron?—pregunto Chatarramendi al conserje, quien le contestó con un signo negativo.

Sus amigos sonrieron recelosamente y él insistió:

—Que parese os digo; ya veréis pues. ¡Si sabré yo lo que te es en Madrid la polisia!

Cenaron de prisa para no llegar a función empezada.

Cuando estaban en los postres un botones avisó a Chatarramendi que lo llamaban al teléfono.

Levantóse de un salto y dijo triunfador a sus amigos:

—¡Paresió carteral... ¡Ya os dije!

En el aparato le preguntó una voz resuelta, como acostumbrada a mandar:

—¿Es el señor Cha... ta... rra... men... di?

—El mismo. ¿Paresió cartera?

—No se mueva del hotel, que antes de media hora voy a hablar con usted. Soy el inspector señor Burreño, encargado del servicio.

—Bien me parese.

Volvió a la mesa y dispuso que los amigos se fueran al teatro, y él acudiría tan pronto como terminara su conferencia con el inspector.

El celoso inspector señor Burreño y sus activas pesquisas. Charramendi se ve a dos dedos de su cartera.

Impaciente y nervioso, a las once y media de la noche resolvió acostarse, dejando antes recado de que le llamaran si llegaba el señor Burreño.

—Sin duda—pensó—le ha ocurrido alguna desgracia en el camino.

Pero en el momento en el que abor-
daba la escalera, llegó el inspector.

Gozaba el señor Burreño de un tipo distinguido: alto, esbelto, con las sienes discretamente canosas, rasurada la cara y las manos muy cuidadas y pulidas. Vestía un traje oscuro de americana, y en el ojal de la solapa lucía el imprescindible distintivo de una condecoración.

Por lo visto, en algún tiempo se hizo un copioso saldo de bisutería oficial, y la policía acaparó una buena parte.

Un amigo mío asegura que el Gobierno reparte entre la policía las cruces que aparecen perdidas en la vía pública y las que por no pagar los gastos dejan de recoger sus destinatarios. Acaso tenga razón.

—¿El señor de Chatarramendi?— preguntó el inspector haciendo al bilbaíno una reverencia de cintura.

—Servidor.

—Soy el señor Burreño. No puede usted figurarse, amigo mío, lo que sien-

to el percance; pero tenga confianza en nosotros: su cartera parecerá. Ya sé que no le hace falta, que está usted forrado de millones; pero no importa. Voy, abusando de su amabilidad, a tomar algunas notas para comenzar mañana mismo las más activas pesquisas. ¿La cartera es de seda o de piel?

—De piel.

—¿De qué color?

—Roja.

—Llevaba usted en ella...

—Diez mil pesetas.

—Y ¿qué más?

—Nada.

—¿Documentos?

—Esos los llevo aquí, en el pecho.

No me los quita ni Luis Candelas.

—¿A qué hora ocurrió el suceso?

—A la una de la tarde.

—¿En dónde?

—En la calle de Alcalá; pero tengo que advertirle, señor inspector, que

todo eso ya dije y escribieron al poner la denuncia.

—No importa. ¿Quiénes iban con usted?

—Mis amigos de Bilbao.

—¿Tiene usted seguridad de que ellos...?

—Mire usted, señor inspector: si así empesamos, no quiero cartera ni quiero nada.

—Perdone usted, señor de Chatarramendi; pero nuestro deber es preguntarlo todo. ¿Se paró usted a hablar con alguien?

—No.

—¿Observaron si se les acercó algún individuo sospechoso?

—Nada notamos.

—Está bien. Por ahora me bastan estos datos. Mañana continuaremos la investigación, y yo le aseguro que la cartera parecerá.

—Muchas gracias.

El inspector repitió su reverencia y se retiró con el sombrero en la mano. En la puerta del hotel se cruzó con los amigos de Chatarramendi, que regresaban del teatro.

Les comunicó sus buenas impresiones y se retiraron cada uno a su cuarto, no sin antes acordar reunirse a las diez de la mañana en el comedor para tomar el desayuno y marchar juntos a ver las Caballerizas Reales.

Pero el hombre propone y el policía dispone.

Antes de las nueve el celoso inspector señor Burreño volvió a llamar por teléfono a Chatarramendi para rogarle que le aguardara en el hotel, pues tenía que comunicarle cosas de verdadera importancia.

Marcharon solos sus amigos.

A las doce apareció el policía enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo de seda japonesa.

—Perdóneme el retraso, señor de Chatarramendi; pero ya comprenderá que no es sólo este servicio el que tengo a mi cargo. Principalmente el seguir a Girasol me ocupa la mayor parte del día.

—¿Ladrón ya te es ese Girasol?

—No, señor; es un periodista.

—Y ¿por qué siguen?

—Nosotros lo sabemos todo; nos enteramos perfectamente de todo. El día 9 del corriente, a las diez y seis con veintidós, encontrándose en el café Colonial en una tertulia de amigos, dijo que el excelentísimo e ilustrísimo señor director general de Seguridad era un *venao*; el hombre que llama *venao* a una persona tan respetable, con mayor gusto le mascaría la nuez. ¿No es cierto, señor de Chatarramendi?

—Eso tú sabras. Yo no conosco...

—Además, esto para que usted me guarde el secreto, en cuanto lo vea solo

tengo orden de trincarlo por blasfemo y darle una quincena; pero el muy tuno, sin duda se lo ha olido y va siempre rodeado de amigotes.

—¿Y mi cartera?

—Verá usted. Me dijo anoche que era de piel.

—Sí.

—¿Roja?

—Roja.

—Que no contenía más que las diez mil pesetas.

—Sierto.

—Y que no sospecha de sus amigos.

—Eso es.

—Y que se la quitaron en la calle de Alcalá.

—Sí.

—A medio día.

—Justo.

—Pues vengo a decirle que ya tenemos una pista, y que además hemos

dato conocimiento del hecho al Juzgado de guardia.

—¿Y nada más?

—¿Le parece a usted poco?

Se despidió el señor Burreño, con su exagerada cortesía, y Chatarramendi, un poco contrariado, acudió a la mesa, en donde ya le aguardaban sus amigos para almorzar.

Por discreción, nada quisieron preguntarle sobre su conferencia con el inspector, pues los tres se sentían irreductiblemente pesimistas.

Aquel día pudieron, por excepción, terminar el almuerzo sin que el teléfono les interrumpiera para anunciarles una nueva visita policiaca.

Encargaron a un botones que, mientras tomaban café, les buscara unas localidades, de las más caras, para los toros.

Cuando en la Puerta del Sol abordaban una manuela para que los condu-

jese a gozar de las delicias de la fiesta nacional, se les acercó un sujeto correctamente vestido, que también llevaba condecoración en la solapa, y después de saludar correctamente se encaró con mi protagonista.

—¿Es usted don Aniceto de Chatarramendi?

—Servidor.

—Pues yo soy el inspector de Vigilancia señor Mular, que colaboró con el señor Burreño en la busca de su cartera.—Y le mostró el carnet acreditativo de su condición.

La gente de Madrid, que conoce perfectamente a todos los miembros de la Policía secreta, se agrupó en torno de los bilbaínos.

—Pues usted dirá—repuso Chatarramendi.

—Tenga la bondad de acompañarme.

—¿Adónde?

—A la Dirección.

—¿A la Dirección?... Cartera no quiero ya ni pesetas.

—Señor de Chatarramendi, yo se lo ruego encarecidamente. Tenemos tres detenidos, y ellos son indudablemente los autores del hurto.

—Pero ¿y la cartera?

—Parecerá, no tenga usted duda.

Discutieron, y al fin Chatarramendi, atendiendo al consejo de sus amigos, marchó a la Dirección con el inspector.

Los otros se fueron a los toros, y el público quedó comentando:

—Un randa de postín que ha caído...

Los presuntos autores del delito.

El señor Mular aposentó a Chatarramendi en un antedespacho de paredes blancas y raído mueblaje, y le ordenó esperar allí a que los supuestos autores del hurto de la cartera fuesen conduci-

dos desde la Comisaría del distrito en donde habían sido capturados.

Aquella espera duró hasta las nueve de la noche. Don Aniceto mil veces quiso marcharse, pero otras tantas le rogaron que aguardara *unos minutos más*.

Al fin le hicieron pasar al despacho del inspector. Allí estaban ya, convenientemente esposados, el Caballo Grande, Azumbres y Guiñote. No podían ser otros los autores de la fechoría y, además, había de ello una prueba casi plena.

Al Caballo se le ocuparon catorce reales; al Azumbres, un duro del Gobierno Provisional, y al Guiñote, dos pesetas nuevecitas. Sin haber cometido previamente un delito contra la propiedad, no era posible que aquellos hampones dispusieran de tales cantidades.

—Aquí los tiene usted—dijo el inspector a Chatarramendi—. Fíjese bien

en ellos, y dígame si los vió pasar a su lado en la mañana del hecho de autos.

—Ni sí ni no digo. En Madrid te hay tanta gente...

—¿Vosotros sois los que robasteis a este señor una cartera con diez mil pesetas?

El Caballo, el Azumbres y el Guiño-te abrieron unos ojos como bocas de túnel y unas bocas como portadas de catedral; bajaron al suelo la vista y contestaron a coro sonriendo amargamente:

—No, señor.

—Y ¿qué hicisteis del dinero?

Callaron los tres y el inspector dijo al perjudicado:

—Ya verá usted cómo acaban por cantar como canarios.

Hizo el funcionario sonar un timbre y apareció otro policía, sin duda de categoría inferior, pero también condecorado.

—Llame usted a Berroqueño y a Parrondo.

Unos minutos después, luego de haber pedido permiso a dúo perfectamente ensayado, hicieron su entrada en el despacho del inspector dos guardias de talla gigantesca, con barbas agresivas y bigotes como bruzas, armados de todas armas.

—Llévense ustedes a estos sujetos, y devuélvanmelos en seguida con la adecuada preparación para empezar el atestado.

Salieron.

—¿Retirarme ya puedo?—preguntó Chatarramendi.

—De ningún modo. ¡Cuidado que son ustedes reacios para prestar auxilio a la autoridad! Usted tiene que estar aquí hasta que terminemos la diligencia.

—Bien, señor; pero carreta y no diligencia parese...

Transcurrió en silencio un cuarto de hora, y volvieron los guardias con los supuestos ladrones.

El Caballo traía un ojo perdido entre un *nimbus* de cardenales; al Azumbres le brotaba sangre de la nariz y de la boca, y el Guiñote no podía tenerse de pie.

—¿Qué decís ahora?

—Lo mismo—repuso con desesperación el Caballo.

—Vuélvase los a llevar, Berroqueño; que les sirvan el postre y me los traen ustedes uno a uno.

Chatarramendi, tan pronto como salieron, intentó de nuevo marcharse y renunciar a su cartera, y el inspector le advirtió que nada de eso podía hacer sin su consentimiento.

Pidieron los guardias otra vez la venia y entraron más bien arrastrando que conduciendo al Guiñote.

—¿Qué dices ahora? ¿Que sí o que no?—preguntó el policía.

—Máteme usted si quiere—repuso el interrogado gimoteando—; pero yo no he sido.

—Al calabozo hasta mañana que volveremos a interrogarte.

Salieron con aquella piltrafa de hombre y volvieron con el Caballo, que traía ya iguales los dos ojos.

—Tu consorte—le dijo el inspector—ha cantado de plano. Ya sabemos quién fué el santero y en dónde tenéis la cartera. ¿Quieres cantar tú?

—¡Pa cantar me han puesto estos carabaos!... Si lo que dice usted es verdad, el Guiñote le ha engañao. Nosotros no hemos sido. Que me muera ahora mismo...

Repitióse la escena con el Azumbres y quedó aplazada para el siguiente día la continuación de la diligencia.

Chatarramendi pudo al fin cobrar su libertad, previo el compromiso de volver a la Dirección a las once de la mañana.

Cuando llegó al Hotel eran las doce de la noche.

Antes de que pudiera mal cenar lo que buenamente quisieron darle, pues se había retirado ya el cocinero, el conserje le entregó una citación del Juzgado. Le llamaban precisamente para las once, para la misma hora en que había prometido estar en la Dirección.

Continúan las activas pesquisas. Al fin son habidos los autores del hurto.

Por acuerdo de todos dió preferencia al llamamiento del Juzgado.

Allí le enteraron de una comunicación en la que la policía anunciaba el envío del Caballo Grande, el Azumbres y el Guiñote, que al fin se habían confesado autores de la sustracción.

—¿Y la cartera?—preguntó Chatarramendi.



—Ya parecerá, no se apure—le contestó con ironía el escribiente—. Ahora lo que tiene usted que hacer es traernos dos personas que acrediten que usted tenía cartera y diez mil pesetas en ella. Ratifíquese en la denuncia y venga mañana con esas dos personas.

Terminada la diligencia volvió don Aniceto al Hotel, en donde le entregaron una tarjeta del señor Burreño, quien le anunciaba en ella su visita para las tres de la tarde.

Chatarramendi comenzó a desesperarse. Llevaba ocho días sin poderse mover del Hotel más que para acudir adonde la policía o el Juzgado le llamaban.

Por consejo de sus amigos esperó al señor Burreño, pero resuelto a decirle que renunciaba a todo y que le dejaran ya en paz.

El inspector llegó, como siempre, con más de dos horas de retraso.

—Ya habrá usted visto—le dijo fro-
tándose las manos—que hemos cogido
a los autores. Antes de veinticuatro
horas va usted a recuperar la cartera.
No le quepa duda. Vamos a rectificar los
datos. ¿La cartera era de piel o de seda?

—De piel.

—¿De qué color?

—Roja.

—¿Qué tenía dentro?

—Diez mil pesetas.

—¿Y documentos?

—Ninguno.

—¿En dónde se la quitaron?

—En la calle de Alcalá.

—¿A qué hora?

—A la una.

—¿Vió usted que se le acercara al-
gún individuo sospechoso?

—No, señor.

—De las personas que le acompaña-
ban, me dijo usted que tiene seguridad
absoluta...

—Absoluta.

—Está bien. Esta noche a las once volveré a verle aquí y tal vez pueda ya traerle alguna noticia de interés.

—No se moleste.

—¿Cómo?

—Que no quiero cartera ni pesetas. Si parece, guardas.

—Eso no puede ser, señor de Charramendi. Nosotros estamos obligados a terminar el servicio y usted debe prestar auxilio a la autoridad, bajo pena de incurrir en el delito de desobediencia.

—¿Y no puedo renunciar a lo mío?

—Cuando le entreguemos la cartera hace usted con ella lo que tenga por conveniente. Hasta entonces nos ayuda usted a perseguir un delito de carácter público que no está en sus facultades el perdonar.

—¿Pero usted sabe los días que llevo aquí sin haber más que aguardar a usted o ir a su oficina?

—No importa. Esta noche a las once me espera usted aquí. Siento tener que mandárselo; pero se lo mando.

—Bien, señor.

A la una de la noche anunció por teléfono el señor Burreño que, a causa de ocupaciones ineludibles, aplazaba su visita hasta el día siguiente por la tarde.

De mañana fueron al Juzgado para acreditar la preexistencia de la cartera.

Más de hora y media pasearon ante la puerta de la Secretaría, completamente cerrada. Al fin un alguacil amable les dijo que aquella mañana el señor secretario había salido de guardia y no despachaba hasta el día siguiente.

Volvieron al Hotel, almorzaron y aún no habían acabado de tomar café, cuando, aquella vez puntualísimo, apareció el señor Burreño.

—Poco a poco—dijo sonriendo satisfecho—, vamos llegando al final. Venga conmigo para que reconozca

una cartera que hemos encontrado.

—¿Con las pesetas?—preguntó Carcaberrí.

—Todo llegará. No hay que apresurarse. La cartera está vacía; pero por el hilo se saca el ovillo.

Chatarramendi, resignado, se despidió de sus amigos y salió con el inspector.

En la Dirección, al cabo de larguísima espera, en la que se le consumió toda la tarde y toda la paciencia, le mostraron una cartera de hule verde atada con una cuerda mugrienta.

—¡Burlarte o así ya ensima quieres!—clamó iracundo al ver aquello. Y envolvió a Burreño en una mirada terrorífica que le hizo vacilar.

Un poco repuesto el inspector, consultó sus notas y dijo para satisfacer a Chatarramendi:

—Tiene usted razón, hombre; tiene usted razón. Su cartera era azul, con

unas iniciales de oro sobrepuestas. Estos agentes son unos imbéciles y en esa comisaría están siempre tocando el violón. Puede usted retirarse.

Continúan las activas pesquisas; pero los autores no son los autores y Chatarramendi comienza a sentirse alejado de su cartera y sus pesetas.

Volvió al día siguiente con sus amigos al Juzgado, y entre todos dejaron bien acreditada y constatada la preexistencia de la cartera.

Cuando se marchaban, dijo el oficial a Chatarramendi:

—Mañana tiene usted que volver a la misma hora. Como el hurto es de importancia, quiere el señor juez llevar personalmente el sumario, y él mismo le va a ampliar la declaración.

Por la tarde pudo librarse de la visi-

ta de los inspectores señores Mular y Burreño, porque el chico del teléfono, convenientemente aleccionado, dijo que no almorzaba en el hotel y que no sabía cuándo iba a volver; pero por la noche aparecieron los dos cuando aún no había terminado de cenar, y lo sometieron a un minucioso interrogatorio, que aún no había concluído cuando sus amigos regresaron del teatro.

Decidido a poner término a aquella situación molestísima, se fué por la mañana a ver al juez, como le indicaron en la secretaría.

Antes de recibirle despachó el magistrado catorce apelaciones de juicios de faltas; pero al fin le llegó su hora.

—Siéntese—le dijo amablemente—. Ante todo, ¿está usted seguro de que le han quitado la cartera?

Chatarramendi miró al juez con asombro, como si se las hubiera con un loco. Su señoría se apresuró a tranquilizarle:

—No le hago a humo de pajas la pregunta; es que la policía me ha mandado tres infelices, confesos y todo, que ni han visto la cartera, ni saben en qué parte de Madrid hay diez mil pesetas. Tan clara estaba su inocencia, que los he puesto en libertad en el acto.

—Ha hecho usted divinamente. Déjeme a mí también en pas. A Bilbao te me voy esta noche y cartera no quiero ni pesetas.

—Imposible, señor, imposible. Si se tratara de un delito de los que se persiguen a instancia de parte, no habría inconveniente; pero estamos frente a un delito público de gran importancia. Yo debo extremar la investigación y usted debe ayudarme.

—¿Y aquí tengo que estar?

—Quince o veinte días, por ahora; si a lo largo del sumario vuelvo a necesitarle, lo citaré por medio de un exhorto, y al juicio oral, eso sí, es indispensa-

ble que usted venga. Pero no quiero entretenerle mucho. Vamos a ampliar la declaración. ¿La cartera era de piel o de seda?

—De piel.

—¿De qué color?

—Roja.

—¿Qué tenía dentro?

—Diez mil pesetas.

—¿Y documentos?

—Ninguno.

—¿En dónde se la quitaron?

—En la calle de Alcalá.

—¿A qué hora?

—A la una.

—¿Vió usted que se le acercara algún individuo sospechoso?

—No, señor.

—¿Tiene usted plena y absoluta confianza en las personas que le acompañaban?

—Absoluta.

—Está bien. Con arreglo al artícu-

lo 109 de la ley de Enjuiciamiento Criminal, tiene usted derecho a mostrarse parte en la causa, sin poner fianza, por medio de abogado y procurador; piense si le conviene y ya me lo dirá otra vez que venga por aquí.

—¿Se comprobó la preexistencia?— preguntó al amanuense.

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Con dos testigos.

—Eso no basta cuando se trata de un delito de esta cuantía. Oficien ustedes al Banco en donde tenía el perjudicado su cuenta de crédito.

Chatarramendi, cuando el juez le dió su venia, marchó contristado al hotel.

Aquello le resultaba peor que la celda de la Cárcel Modelo.

Uno tras otro se le iban los días entre polizontes y curiales, sin haber podido todavía ver Madrid ni disfrutar de ningún espectáculo.

Y lo peor de todo era que no se vislumbraba el fin de aquella desdichada situación, pues tanto el juez como los inspectores le habían amenazado con hacerle venir si, denegando su auxilio a la autoridad y a la justicia, se marchaba a su hogar y dejaba de acudir a cualquier llamamiento. Sus amigos, agotados ya los presupuestos de gastos y de tiempo, decidieron volverse a Bilbao, y al conocer aquella resolución se le llenaron los ojos de lágrimas.

A favor de ellas logró retenerlos un día más, pero a condición de que consultara con un abogado sobre el medio de poner término a situación tan molesta y angustiada.

El dueño del hotel los dirigió a uno que en aquellas inmediaciones vivía, y en su busca marcharon apresuradamente para evitar el que a Chatarramendi visitaran o citaran como de costumbre los señores Mular y Burreño.

El más adecuado y eficaz de todos los procedimientos para encontrar una cartera que se pierde.

Don Teófilo de las Costas y Otrosí, cuando escuchó de labios del desventurado Chatarramendi todo el minucioso relato de sus desventuras, se llevó las manos a la cabeza, se hizo la señal de la cruz y exclamó con dolorido acento:

—¡Desdichado el que cae en manos de la autoridad! ¡Mil veces desdichado el que necesita de la autoridad! Entregarse aquí a la policía es mucho peor que vender al diablo el alma.

—Y ¿qué me aconseja usted para salir de esta situación?

—Calma, calma; déjeme hablar. Si yo fuera un granuja, como hay muchos, y por unos pagamos otros, le diría: vamos al notario, haga usted un poder a

favor de los procuradores Fulano y Mengano, provéalos usted de fondos y vamos a mostrarnos parte en la causa; pero ¿para qué, si los autores no han de parecer, y aun cuando parezcan lo harán a cuerpo limpio? No es ese el camino para usted. Para mí sí lo sería, pues de ese modo, sin hacer nada, cobraría de usted un montón de pesetas; pero renuncio al dinero mal ganado. Usted lo que quiere es irse tranquilo y que jamás vuelva nadie a hablarle de este asunto, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Pues lo que tiene usted que hacer es lo siguiente. Fijese bien:

Primero. Comprar otra cartera de piel roja, lo más parecida posible a la que le quitaron.

Segundo. Sacar con su carta de crédito otras diez mil pesetas.

Tercero. Colocar las diez mil pesetas en la cartera.

Cuarto. Presentarse al juez y decirle que en un rincón del baúl ha encontrado usted su cartera.

Quinto. Enseñarle la cartera al escribano para que pueda dar fe de haberla visto.

Sexto. Escribir una carta al inspector señor Burreño, diciéndole lo mismo que al señor juez.

Esto es todo. Hágalo y váyase tranquilo. Con ello además se ahorrará usted mucho dinero y muchos disgustos.

Chatarramendi pagó la consulta de buen grado y salió decidido a hacer punto por punto cuanto le aconsejara don Teófilo.

Carcaberri, que conocía bien Madrid, lo llevó a un bazar en donde sin esfuerzo encontraron una cartera de piel roja idéntica a la perdida.

De allí se fueron al Banco para que Chatarramendi tomara otras diez mil pesetas con su carta de crédito.

Cuando se presentó en la ventanilla con sus documentos, los empleados comenzaron a mirarse unos a otros y a ponerse encarnados. Por último, uno más decidido que sus compañeros lo mandó pasar al despacho del jefe.

Con él entraron sus amigos y juntos esperaron largo rato.

Por fin apareció el funcionario; miró escrupulosamente a los amigos de Chatarramendi y se aventuró a preguntar:

—Los señores ¿son personas de su confianza?

—Sí, señor; el señor Carcaberri, millonario que también te es; el señor Berrondo, de la casa «Hijo, nieto y hermano de Berrondo», y el señor Gargari-ta, armador; ya conoses.

—Quiero decir si son ustedes amigos íntimos.

—Los más de todo Bilbao.

—Entonces no importará que se lo

diga delante de ellos: sobre su carta de crédito no puedo entregarle ni un céntimo, por ahora.

—¿Qué dise?

—Lo que usted oye.

—Pero, ¿por qué?

—¿No importa que estos señores lo sepan?

—No importa.

—He recibido un oficio del Juzgado en el que me preguntan si el día veintisiete del actual retiró usted de este Banco con su carta de crédito la suma de diez mil pesetas...

—Y sí retiré.

—Así he contestado.

—Pues vengan otras diez mil.

—Lo siento mucho, pero no puedo, señor Chatarramendi. No operamos con clientes en cuyos negocios interviene el Juzgado.

—Pero si yo pido lo mío.

—Haga usted una cosa: autoríceme

para que pida confirmación escrita de su carta de crédito.

—Pídala por telégrafo.

—Por telégrafo la pediré, pero para que me contesten por correo. Necesito una confirmación plena y auténtica.

Berrondo llamó aparte a los demás, hablaron en voz baja un momento y, puestos ya de acuerdo, dijo al banquero:

—Falta no hace. Pesetas tenemos más que tú. Adiós.

Salieron a la calle y luego en un café volcaron sus carteras para colocar en la recién comprada por Chatarramendi las consabidas diez mil pesetas.

La cartera recuperada está a punto de volverse a perder.— Chatarramendi la tiene y no la tiene.

Para esquivar el encuentro con los inspectores de la Policía y eludir el recibo de sus avisos, determinaron cenar fuera del hotel y así tendrían libertad para ir al teatro aquella noche.

—Y ahora ¿qué dices? — preguntó Carcaberry a don Aniceto, de sobremesa—. ¿Policía cosa buena o así ya te es?

Chatarramendi calló, un poco avergonzado de sus pretéritas apreciaciones.

Berrondo corroboró:

—Aquí cuatro bilbaínos estamos de buena posición, personas regulares que te somos y tenemos que huir de ella como malhechores.

Y concluyó Gargarita:

—Don Teófilo bien dise: ¡Desgraciado de aquel que caiga en manos de la

autoridad! ¡Mil veces desgrasiado el que nesesite de la autoridad!

Cuando llegaron al hotel de regreso del teatro, le enteró el conserje de que en el *hall* les aguardaban los señores inspectores Burreño y Mular.

—¿Qué hacemos?—preguntó Chatarramendi a sus amigos—. ¿A dormir vamos a otra fonda?

—Eso de ningún modo—repuso Berrendo—. Les desimos que paresió cartera en el baúl.

—¿Estáis locos?—preguntó alarmado Carcaberri—. ¡Que se lo diga el juez si quiere! Si nosotros desimos van a creer que nos burlamos.

Y entraron decididos.

Los señores Burreño y Mular se levantaron cortésmente y les hicieron una profunda reverencia.

—Señor de Chatarramendi—dijo el primero—, ahora sí que creo que se le puede dar la enhorabuena.

—¿Paresió cartera?

—Le diré a usted... Hemos capturado a un sujeto que no puede menos de ser el autor del hurto. Aquellos otros que usted vió se empeñó el señor juez en que no habían sido; pero éste no falla. Venga usted con nosotros a la Dirección para ver si lo reconoce.

—En Dirección no voy.

—Mire, don Aniceto, que al requerimiento de la autoridad no se pueden oponer esas negativas.

—¿Y si enfermo te estoy?

—Le mandaremos al médico forense para que certifique.

—Le advierto que es cosa de unos minutos, pues para cuando lleguemos estará ya convicto y confeso. Además, será conveniente que vengan también sus amigos, pues puede ocurrir que usted no lo viera en el sitio de autos y sus amigos sí.

Salieron los seis. Llegaron a la Direc-

ción y entre reverencias y genuflexiones de los guardias arribaron al despacho del señor Burreño.

—Que traigan al de la cartera— ordenó éste a su portero.

Transcurrió en absoluto silencio un cuarto de hora y al cabo aparecieron ocho guardias con los sables desenvainados y las pistolas montadas, conduciendo a un hombre como de sesenta años, orlado el rostro de una venerable barba blanca, muy calvo y con la frente surcada de profundas arrugas.

Traía las manos esposadas fuertemente; una gruesa cuerda, después de amarrada con sendos nudos a los dos antebrazos, por la espalda descendía hasta sujetarle los tobillos, dejándole apenas vagar para que pudiese andar en pasos cortísimos.

Al verse frente a los inspectores, clamó con doloroso acento:

—*¡Poctivec! ¡Poctivec!* (1).

—Sin duda nos insulta — comentó Mular amenazándole con los puños cerrados.

El viejo calló.

Sonó en aquel instante el timbre del teléfono.

Acudió Burreño y después de haber hablado dijo a los circunstantes:

—El señor director dispone que no le interroguemos hasta que él llegue.

Señaló unas sillas a Chatarramendi y sus amigos y ordenó a los guardias que se llevaran al preso.

Entre pitillo y pitillo transcurrió una hora.

Chatarramendi se quedó dormido en la silla y los inspectores miraban indolentemente los dibujos y fotografías de algunos periódicos ilustrados.

Al fin Berrondo atreviése a proponer

(1) ¡Soy honrado!

—Escriban que nada vimos y dejarnos marchar.

—Imposible—repuso Burreño—. El señor director nos mandaría sacar a ustedes de la cama y les impondría una quincena por la desobediencia.

Callaron todos de nuevo y transcurrió otra hora.

En el reloj del despacho sonaron las tres de la mañana.

Chatarramendi se cayó al suelo desde la silla cuando su amigo Carcaberri le dió unos golpecitos para que dejase de roncar.

Gargarita, molesto y aburrido, se levantó de un salto, sacó del bolsillo del pantalón un billete de mil pesetas y lo puso sobre la mesa del señor Burreño:

—Multa cobras la que te quieras y a dormir vamos.

—De aquí no sale nadie — clamó Burreño, dando un puñetazo en la mesa.

—Pues déjenos usted hablar por te-

léfono con don Indalesio — propuso Carcaberri.

—¡Aquí no hay teléfono para ustedes!

Callaron todos: los bilbaínos, vencidos; los policías, triunfadores. Hízose de nuevo el silencio, y algunos minutos después dormitaban todos, silenciosamente unos y sonoramente otros.

Lo que ocurría en el despacho de Botaratoff mientras los bilbaínos aguardaban para identificar al verdadero autor de la sustracción de la cartera.

Fué una escena verdaderamente saietesca.

Yo no sé si mi pluma rígida y seria tendrá por una vez el humor indispensable para describirla.

Habíanse congregado en la antesala de Botaratoff las cuatro hermanas ma-

yores de la bendita Santa Ana, que ya conocemos.

Era el objeto de su visita el de ofrendar al excelentísimo e ilustrísimo señor prefecto una hoja de parra de honor y un ramillete de blancas azucenas.

La espera fué muy larga. Gravísimos negocios de Estado retenían la atención de Botaratoff y le negaban el espacio para recibir tan merecidos galardones; pero las devotas, ante el temor de que se marchitara el ramillete si lo guardaban para el siguiente día, decidieron esperar con santa paciencia.

No llevarían media hora, cuando allí apareció la *Gorriona* y tomó asiento junto a ellas.

Vestía un traje marrón de punto de seda, muy corto y muy escotado, que además ceñía y no velaba sus formas opulentas.

Tocábase con un amplio sombrero

rojo. Colgaban de sus orejas largas arracadas del mismo color, y de su cuello un grupo de dijes engarzados en una gruesa cadena de oro.

Al abanicarse aparatosamente hacía sonar sus numerosas pulseras y los duros que llevaba en un enorme bolsillo.

Cuando las beatas advirtieron su presencia, se hicieron la señal de la cruz y bajaron al suelo la mirada. Los empleados sonrieron y cuchichearon maliciosamente.

Llegó hasta el interior la noticia de su presencia y salió un agente *bien*, condecorado como todos, la tomó del brazo y la apartó hasta el hueco de una ventana.

—Vete, *Gorriona*—le dijo cariñosamente—. Vete sin que nadie sepa que has venido. Tenemos orden de darte una *quincena*.

—¿A mí?

—Sí; vete. Esta noche te haré una

visita y te lo contaré todo. ¿Tienes aún a la Cacharritos?

—¿No sabes que le ha puesto piso un jugador?

—Vete. De todas maneras iré.

La *Gorriona* sonrió satisfecha, como quien encuentra una idea salvadora, y salió.

Una hora después volvió envuelta en amplio y severo manto negro, con el que recataba su rostro cuidadosamente.

Sin hablar con nadie ni mirar a nadie, se sentó junto a las tías de la Virgen, que tales debían ser al ser hermanas de Santa Ana bendita, si yo no me hago un artículo 22 con la Historia Sagrada.

Sacó de entre los pliegues del manto un enorme rosario y comenzó a rezar, o a simular que rezaba.

Durante más de dos horas hubo de mantener aquel gesto piadoso, hasta que al fin el secretario de Botaratoff

gritó con voz de tiple desde la mampara:

—¡Que pasen ya las hermanitas!

Y sin que a nadie se le ocurriera impedirlo, la *Gorriona*, a favor de su disfraz, entró con ellas en el despacho del excelentísimo e ilustrísimo señor de los siete fajines.

No bien había terminado la presidente de hacer entrega de la ofrenda y de recitar un bello discurso que al efecto se había estudiado de memoria, cuando la *Gorriona* se alzó el manto, guardó el rosario en su faltriquera y descolgó de su cintura un robustísimo vergajo.

Al grito de ¡fuera beatas! desalojó el despacho en un santiamén; el secretario huyó despavorido y Botaratoff se acurrucó debajo de la mesa, después de haberse dado una ducha de cerveza con la de unos dobles que tiró al agazaparse.

La *Gorriona* cerró con llave y pesti-

llo la puerta, y sin abandonar el vergajo se acercó al escondite de su excelencia.

—Sal, maridito mío, no tengas miedo—le decía melosamente—, que no te hago nada.

—¡Ce... Ce... Celestina, por Dios!... ¡Que me comprometes!...—gritaba Botaratoff sobrecogido.

—No tengas miedo: si no quiero más que hablarte; si vengo a pedirte un favor.

—Habla... Con... concedido...

—Pero sal de ahí. Que nos veamos las caras. ¿Qué dirían si te vieran así los que te creen la fiera corrupta?

—¿Me... me... me... das pa... palabra...?

—Sí, hombre, sí. Tranquilízate ya.

Botaratoff, un poco inquieto a pesar de las promesas de la *Gorriona*, se decidió a salir de su escondite.

—Siéntate, hombre, siéntate. Vengo

dispuesta a que pactemos sobre nuestra situación, para no hacernos daño. Si te conviene, hasta guardaré el secreto de que soy tu legítima esposa ante Dios y ante los hombres.

—¡Claro que me conviene!—repuso Botaratoff con la voz temblorosa todavía.

—Pues lo guardaré, si tú, que tanto puedes, quieres hacer algo por mí.

—Pide.

—No sé si sabrás que tengo un proceso.

—¿Por qué?

—Ya puedes suponerlo: por corrupción de menores. Esto es lo primero que tienes que arreglarme.

—¿Y cómo arreglo yo eso?

—Nada más sencillo. Puesto que a ti te escuchan, por el cargo que tienes, dices a los jueces que ya no hay menores. Ahora nacen mayores todas.

—No sé si podré...



—¡No has de poder! De esto ni una palabra más. Vamos a otro asunto.

—¿Qué más quieres?

—Poca cosa; escucha: desde hace algún tiempo estos negocios van de capa caída. Los pollos que se quieren beber una botella se van a un *cabaret*, y mientras tanto, las pobrecitas que hacen comedor se aburren más que las señoras de la Trata. Ya nuestra parroquia se reduce a paletos y marchantes, y, como somos muchas a repartírnoslos, no podemos vivir ninguna.

—Lo comprendo. Si yo pudiera disponer de cada uno de los cuarenta mil hombres que tengo a mis órdenes, a lo menos una vez por semana...

—Es parroquia que no me conviene. Lo que yo pretendo es otra cosa más sencilla.

—Tú dirás.

—Con el pretexto de moralizar un

poco la vida, mandas a mis compañeras al extrarradio.

—¡Muy bien pensado! ¡Esto sí que me lo van a agradecer las Hermanitas de Santa Ana!

—Toma nota para que no se te olvide: a Mercedes la Loca me la mandas a los Cuatro Caminos.

—¿Y a doña Pilar?

—Esa ya, la pobre, ni pincha ni corta; en la Ronda de Valencia estará bien.

—¿Y Paquita la Encajera?

—Esa es de abrigo. A Torreldones.

—Bueno. ¿Qué hacemos con la sucesora de doña Matilde?

—A las Vistillas.

—¿Y con la Milagritos?

—Esa no estorba: es buena compañera y buena amiga. ¿Sabes que ha metido en la casa más de cien mil duros en muebles, cuadros y ropas?

—No sabía.

—Déjala en donde está; pero sácale una contribución de diez mil duros, con la amenaza del traslado.

—Mañana mismo. ¿Qué más quieres?

—Nada más, hijo. ¡Cuánto me alegra el encontrarte tan complaciente!

—Está bien; pero no me llames *hijo*; ya lo de marido es una verdadera desgracia...

—Con esa poda me quedo solita en el Centro, y van a entrar como agua los miles de duros en mi casa. ¿Vendrás alguna vez?

—¡Qué disparate!

—¡No te has vuelto tú poco tonto! A casa de la Milagritos yo sé que han ido presidentes del Consejo...

—Y ¿cómo se va a comparar conmigo un simple presidente del Consejo de ministros?... Ten más juicio, mujer, ten más juicio.

La Gorriona se levantó triunfadora, estrechó afectuosa la diestra de Bota-

ratoff, cubrió su rostro con el velo y salió solemnemente.

Al verse solo el prefecto reflexionó:

—Una mujer es siempre un mal enemigo, y si es la propia, malísimo. Sin duda lo mejor será tenerla contenta.

Se compuso al espejo la *face brutta* de cuando cantaba opereta y gritó agriamente desde la mampara:

—¡Que me traigan a ese checoslovaco!

Volvieron los guardias con el mismo aparato conduciendo al detenido. El pobre hombre traía desgarrada la americana, llena de chichones la frente venerable y caída la corbata sobre un hombro.

Llenos los ojos de lágrimas, clamaba:

—¡*Poctivec!* ¡*Poctivec!*

—¿Le habéis dao para el pelo?— preguntó a los guardias Botaratoff.

—Poca cosa—contestó el jefe de la

fuerza—; no hace más que decirnos esa palabra, que en su lengua debe ser una cosa muy fea.

—Haberle amordazao.

—Lo que usía disponga...

Botaratoff se encaró con el detenido y le dijo a gritos:

—¡No te hagas el longui! Tú entiendes el español como nosotros. ¡Como que eres catalán y anarquista de acción! Con tus papeles nos quieres hacer ver que eres profesor de la Universidad de Praga y que vienes en viaje de estudios. ¡Miau! En Praga me consta que no hay Universidad. ¡Cómo ha de haberla, si Praga es la capital de una República salvaje o bolchevique, que es lo mismo! ¡Si lo sabré yo! ¡Has apuntao mal, galán!

—¡*Poctivec!* ¡*Poctivec!*—exclamaba el viejo sollozando.

—¿A mí también?—rugió Botaratoff.

Y le arrojó una silla, que le hubiese aplastado la cabeza si no la detuvieran los bilbaínos en el aire.

—Vamos a ver—continuó Botarotoff en el mismo tono—. ¿Pasaste el día 27 entre doce y una por la calle de Alcalá?

—*¡Poctivec! ¡Poctivec!*—gimió suplicante el pobre hombre.

—Contesta acorde o te estrangulo.

Sonó en aquel momento la llamada del teléfono.

—Ande usted, Burreño. Ya sabe que no estoy para nadie. No puedo soltar ahora este pájaro de cuenta, y usted, Mular, vaya redactando la nota oficiosa para los periódicos, que éste es un servicio de verdadera importancia. Al que no la publique no le dejan ustedes vender ni un ejemplar en la calle.

—Señor—dijo Burreño asustado—. De la Legación Checoeslovaca dicen que, efectivamente, este señor es pro-

fesor de la Universidad de Praga y que no puede haber intervenido en lo de la cartera porque llegó ayer a Madrid.

—Pero ¿hay aquí Legación Checo-eslovaca?

—Sí, señor; por eso llamé yo mientras llegaba usía pidiendo antecedentes del detenido.

—¡Es usted un imbécil! ¿Conque profesor de veras? Pues no me importa. ¡Que se hubiera estado allí! Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—¿Lo soltamos, señor director?— preguntó temeroso el encargado de la fuerza.

—¡De ningún modo! A la cárcel con él, mientras le preparamos la expulsión. ¿Por dónde se puede ir a Checoeslovaquia? ¿Hay que pasar la mar?

—No, señor.

—Pues entonces lo mandaremos por jornadas. Y usted, señor Burreño, queda suspenso un mes de empleo y suel-

do por haber preguntado lo que no debía.

Y salió rugiendo: —¡Que me pongan catorce dobles en la mesilla de noche!

Al fin parece la cartera, pero es del ladrón, al menos en propiedad sin usufructo hasta que la Superioridad resuelva.

Cuando Chatarramendi y sus amigos llegaron al hotel, amanecía.

—Esto se tiene que acabar, y se tiene que acabar—dijo Berrondo malhumorado—. En cuanto den las nueve, al juez presentas y cartera enseñas y esta noche a Bilbao te vamos. Madrid más no quiero.

Dejaron encargado que los llamaran a las nueve, y poco después marchaban los cuatro al Juzgado.

Pero su señoría no acostumbraba a llegar hasta las doce, y aguardaron pa-

cientemente sentados en un banco de la Plaza de las Salesas.

Cuando lo vieron llegar, Chatarramendi, que ya lo conocía, le salió presuroso al encuentro.

—¿Qué desea usted?—le preguntó amablemente el magistrado.

—Desir que cartera ya tengo o así.

—No le entiendo.

—Que pareció la cartera con las dies mil pesetas. En baúl te estaba.

—¡Cuidado que nos marean ustedes y nos hacen trabajar en balde con sus torpezas! Vaya declarando en la Secretaría, que luego le llamaré.

Declaró Chatarramendi. El secretario examinó minuciosamente la cartera y reseñó por sus números los billetes. Después subió con él a la presencia judicial.

—¿Está ya extendida la diligencia?

—Sí, señor.

—Pues vamos a firmarla. Entérese

antes. Esa cartera y ese dinero se los entrega a usted el Juzgado en depósito.

—¡Pero si todo es mío!

—No, señor. Está bajo mi jurisdicción, y lo único que puedo hacer es entregárselo a usted en depósito, hasta que la Superioridad sobreesale la causa y mande archivar las actuaciones.

—¿Y gastar no puedo?

—Ya he dicho que lo tiene usted en depósito.

—Y ¿luego me darán?

—Es de suponer.

—¿Cuánto tardarán?

—Lo que dure la tramitación; seis o siete meses.

—Y ¿tendré que venir de Bilbao?

—La Audiencia resolverá.

Cuando Chatarramendi se reunió con sus amigos, les dijo compungido:

—Dinero no devuelvo. En depósito me dieron.

Mucho trabajo le costó hacerles com-

prender lo que el juez había dispuesto; pero al fin lo entendieron y lo acataron.

Con un billete de mil pesetas que conservaba Berrondo, pagaron la estancia de todos en el hotel y se apresuraron a hacer los baúles para marchar lo antes posible.

Vaciando luego todos los bolsillos, a duras penas pudieron reunir para los billetes, y desde luego tuvieron que renunciar a llevar a las familias regalos ni recuerdos de su estancia en la Corte.

Cuando acababan de almorzar, se acercó a Chatarramendi un botones.

—De parte del señor Burreño, que se ponga usted al aparato.

—Dijiste que estoy.

—Sí, señor.

—Lerdo que eres...

.....

—Sí, señor; don Aniseto en persona...

—...

—No se moleste en venir. En exprés marchamos.

—...

—Porque paresió cartera... Al jueves ya he dicho.

—...

—Pues ustedes dispensen... y si hay que pagar algo...

—...

—Gracias. El gusto ha sido el mío... Colgó Chatarramendi el auditivo y suspiró satisfecho.

Había puesto el punto final a sus relaciones atormentadas con la Policía madrileña.

Les quedaban aún siete horas de estancia en la Corte, y podían aprovecharlas bien para ver cosas, sin riesgo ya de que les molestasen con interrogatorios y citaciones.

Mientras tomaban el café trazaban su plan; pero de improviso llegó para in-

terrumpirlos un caballero vestido un poco a la rústica, con una corbata de muchos y radiantes colores, que empuñaba un bastón fuerte como el tronco de un arbusto.

Sin vacilar se dirigió a Chatarramendi y puso en sus manos una tarjeta que decía:

RUPERTO CACHON Y BIGARDO

POLICÍA PARTICULAR

SE ENCARGA DE TODA CLASE DE SERVICIOS POR
DIFÍCILES Y ARRIESGADOS QUE SEAN

Esto impreso. Además tenía manuscrita esta leyenda:

«Especialidad en la vigilancia de personas de ambos sexos y en la busca de objetos sostraídos.»

—Bien me parece—dijo Chatarra-

mendi al de la tarjeta—. Que no estamos dises...

—¿A quién?

—A este Ruperto.

—¡Pero si soy yo!

—Del servicio del hotel creí que era. Dispense; pero que haser tenemos...

—¡Eso es! A mí, que puedo encontrar su cartera en un periquete, no me hace caso, y en cambio a esos atontaos de la Policía que l'habrán hecho dar más güeltas que un reguilote...

—Pero ¿también polisía no es usted?

—Sí; pero privao. Me dejó cesante La Cierva, y dende entonces trabajo por mi cuenta, pero que con quinqué y con reaños. Le alvierto que cuasi me alegre de la cesantía, porque ¡cuidao que hubiá estao yo bonito con una gaberquina, un frégoli, un pañuelito de seda en el bolsillo de salva sea la parte y una cruz en la solapa...! ¡Sarasa, que me troncho!

—Bueno; pero ¿qué quiere usted?

—Cuasi na: encargarme de buscar su cartera con las diez mil del ala, pa que vea usted si por acá se diquela chipén. Proceda usted a sonreirse de los ditetives.

—Pero ¿no sabe que ya paresió cartera?

—¡Magras! A mí no me la da usted tan sencillamente como al juez y como al par de pasmaos que praticaban el servicio.

—Y ¿cómo sabes?

—Porque cuasi tos los que tien hoy la desgracia de que les quiten un reló, una sortija o una cartera, tien que hacer lo que usted: decir que ha pareció, pa que acaben de una vez de sobarles el fra. Hoy no parece na, porque estos señoritos de la *bofia* son más tontos que un silabario, y tien más humos que la retama verde, y lo que yo le digo a usted es que con ese convoy no se va

ni a las cuarenta horas. Cuando yo trabajaba pal Estao, parecía to lo que queríamos que pareciese. Si mediaba una recomendación de un ministro o de un diputao, o se entrevía la propi, vamos, que ni los prestidigitadores. Y es que nosotros sabíamos trabajar, éramos más vivos que diez y seis concejales y, como no teníamos orgullo, nos tratábamos con tos los ladrones de oficio.

Cuando decía el jefe: «En el destrito han afanao un reló, pongo por caso, de estas y las otras señas; don Fulano tié interés en que parezca», ya estaba hecho to el expediente, to el atestao y to el sumario. Llamábamos a la *delega* a tos los randas que no estaban guardaos; mandábamos traer un par de frascos de vino u tres, según el personal, y si el reló no estaba entre los presentes, pues ellos mismos se encargaban de buscarlo y no llegaba la noche sin que lo tuviera su dueño.

—De modo que usted cree que mi cartera...

—La tié usted aquí antes de ocho días. No sea usted primoco.

—Bueno, pues búsquela.

—Primero tenemos que fijar las condiciones, que yo no trabajo al ventestate.

—De las diez mil pesetas le doy tres mil cuando parezcan.

—Por ahí va usted bien; pero ya le he dicho que lo primero de to en mi sistema es juntar al personal y darle vino.

—Con tres mil pesetas pueden comprar quinientas arrobas.

—Pero como el vino hay que dárselo por adelantao...

—Yo no adelanto nada.

—No se asuste usted, que no le voy a pedir la luna. La costumbre de mi agencia para casos como éste es recibir veinte duros pa montar el servi-

cio y dos duros diarios pa tranvía, convidás y si se ofrece tomar un coche...

—No conviene.

—¿Cuánto da usted?

—Tres mil pesetas cuando cartera parezca.

—¿Y adelantao?

—Ni esto—y Chatarramendi hizo chascar con los dientes la uña de uno de sus pulgares.

—Está bien — concluyó resignado don Ruperto—. Al principio todos dicen lo mismo; pero luego acaban por venir a buscarme. Guarde usted la tarjeta por si piensa otra cosa.

Y se alejó después de haberse despedido todo lo más cortésmente que supo.

Vuelve a salir a escena Botarotoff, más radiante y más omnipotente que nunca.

A las nueve y media de la noche, cuando aún faltaban treinta minutos para la salida del exprés, Chatarramendi y sus amigos, después de haber colocado en el coche sus maletas, se paseaban por el andén de la estación del Norte.

Carcaberi rememoraba con tristeza la salida de Bilbao, plenos de alegría, repletos los estómagos de los manjares del Zollo y con seis botellas de coñac para el camino.

—Lo pasao, pasao—le interrumpió Berrondo—. Mañana en chacolí, vuelta celebramos.

—Y champán bebemos —añadió Chatarramendi—. Yo pago pa que veáis que tristesa no me queda.

Se animaron todos, tomaron unas copas en la cantina y encendieron unos cigarros muy grandes con los que les acababa de obsequiar un pelotari que también iba a Bilbao para despedirse de la familia y continuar el viaje a México.

Cuando más contentos estaban vieron como una nube sombría y tormentosa surgir junto a ellos los inspectores de Policía señores Burreño y Mular, a los que discretamente seguían unos cuantos guardias de Orden Público.

—Señor de Chatarramendi—dijo Burreño—, yo lo siento mucho, pero el señor director me ha dado orden de conducir a usted a su presencia.

—¡Pero si paresió carteral!—repuso don Aniceto un poco sobrecogido.

—Ya lo sabemos. Después de hacernos trabajar tantísimo, resulta que la tenía usted en el fondo del baúl.

—Así es.

—No importa. El señor director ha dispuesto que no regrese usted a Bilbao sin haber hablado antes con él.

—Que venga aquí dises...

—Bueno; no perdamos tiempo, que quiere ir al teatro, y si llegamos cuando ya se haya ido, le habremos de tener a usted en el calabozo hasta que regrese.

—¿Y el billete del tren pierdo?

—No; el señor director dará orden de que le sirva a usted para mañana, o para el día que se vaya.

Quiso Chatarramendi despedirse de sus amigos, pero éstos resolvieron acompañarle hasta ver cómo se desenlazaba aquel nuevo contratiempo.

Devolvieron al hotel el equipaje, y cuando ya habían emprendido el camino de la Dirección les dijo Chatarramendi:

—Conmigo venir uno solo. Los otros dos a don Indalesio buscáis, quinsena o así no tengamos.

Les pareció bien la idea. Quedó Berondo a su lado y los otros dos se apartaron en busca de don Indalecio.

Por favor especialísimo consintieron los inspectores que Chatarramendi aguardara en su despacho el regreso de Botaratoff, en vez de hacerlo en el calabozo como le habían anunciado.

Sin duda para irse a cenar, lo dejaron solo en aquella dependencia; pero pronto llegó, para saludarle, según dijo, aquel inspector de guardia que inútilmente había abogado por él cuando lo mandaron de quincena.

—Hay que tener mucha paciencia, amigo mío—le dijo, dándole una palmadita en el hombro.

—Pasiensia te tengo de sobra; pero si paresió cartera, ¿para qué me molestan más?

—A mí puede usted hablarme con toda confianza. Su cartera no ha parecido ni parecerá.

—¿Cómo sabe?

—Porque eso nos ocurre aquí todos los días. Las cosas de valor que se pierden, cuando se buscan cuesta mucho trabajo encontrarlas, y la cartera de usted nadie la ha buscado.

—Así parece.

—Equivocaron el camino desde el primer momento. Si a mí me hubieran dado ese servicio...

—¿Por qué no pediste?

—Aquí, como en todas las dependencias oficiales, el que quiere trabajar se pone en ridículo y recoge además los odios de todo el mundo. Por otra parte, yo he estado suspenso de empleo y sueldo todos estos días, por la grave falta de haber dicho al jefe que usted me parecía una persona decente.

—Y desente soy.

—¿A que nadie se ha ocupado de preguntarle, ni de averiguar en la documentación correspondiente, qué per-

sonas estuvieron con usted en los calabozos de las Comisariás?

—Nada preguntaron.

—Pues tenga usted la seguridad de que allí fué donde le robaron.

—Pero si cartera no tenía entonses.

—No importa. En Madrid los ladrones de oficio son muy listos; mucho más listos que los policías. Allí averiguaron quién era usted, en dónde habría de alojarse al salir de la cárcel, con qué objeto llegaba a Madrid y con qué medios económicos contaba.

—Todo dije.

—¿Lo ve usted? Esos mismos, o sus colegas de la calle si ellos quedaron en la cárcel, no le perdieron paso hasta darle el golpe.

—Y ¿por qué no buscan?

—Ya es tarde. Yo hubiera seguido esa pista y a estas horas tendría usted su cartera en el bolsillo.

—¿Al jefe desimos?

—¡No, por Dios! ¡Guarde usted el secreto más impenetrable acerca de esta entrevista! Si algo se supiera, usted iría de quincena y a mí me suspenderían otra vez de empleo y sueldo.

Salió sigilosamente. Volvieron luego los señores Burreño y Mular, y cuando en un reloj daban las tres, dispuso el señor director que fuera conducido a su despacho.

Los que marcharon en busca de don Indalecio sin duda no habían podido encontrarlo, y a aquellas alturas no habían dado aún señales de vida.

Botaratoff, sonriente, medio tumbado en un butacón de su despacho, se acariciaba su barba rubia, cuando después de haber solicitado su venia, introdujeron a Chatarramendi.

—Cachéenlo y déjenlo solo conmigo—dispuso.

Burreño y Mular le registraron minuciosamente todos los bolsillos y todos

los pliegues de la ropa; dieron cuenta a su jefe del resultado negativo de su investigación y, previas dos reverencias a la turca, salieron sin volver a S. E. la espalda.

—Conque a Bilbao y sin despedirse de mí. ¡Qué poca educación tienen ustedes!... Estuve dudando sobre si lo dejaría llegar, para que allí lo detuviesen en la estación, y me lo reexpidieran por jornadas; pero ya ve usted que no he querido ensañarme. ¿Usted cree que no hay más que tener en vilo durante más de ocho días a toda la policía de Madrid siguiendo la pista de una cartera robada, para que luego resulte que no había tal robo y que guardaba usted la cartera en el fondo del baúl? ¿Puede quedar esto sin castigo?

Chatarramendi, aterrado, bajaba al suelo la vista, esquivando la mirada terrorífica de Botaratoff, y no se atrevía a murmurar una disculpa.

—Además—prosiguió el director— que ya nos conocemos: yo me hice el tonto porque quería servir a don Indalecio; pero demasiado sé que tienes a tu cargo los dos asesinatos, el robo y las bombas que te dije cuando te detuvieron. Sin embargo, no quiero que me acuses de crueldad; hago la vista gorda sobre tus crímenes, y por la falsedad de tu denuncia, en vez de procesarte, que era lo procedente, sólo te impongo quinientas pesetas de multa.

—Bien, señor—expuso don Aniceto un poco más animoso—; en Bilbao pagaré.

—No, no; ahora mismo, que no te habrás gastado todas las diez mil de la cartera.

—Pero de esas no puedo pagar: me las dejó el juez en depósito.

—No importa.

—¿Y si me prolesa y en cárcel voy?

—Te aguantas. Si no pagas ahora

mismo las quinientas pesetas, yo también te mando a la cárcel.

—En Bilbao pagaré.

—Ha de ser aquí y ahora mismo.

Para Chatarramendi era como una cosa sagrada aquello del depósito, y hubiera consentido en ir a la cárcel antes de tocar la cartera; pero tuvo la suerte de que en aquel punto y hora llegasen don Indalecio y sus amigos.

Cuando a Botaratoff le anunciaron la visita, dejó escapar un gesto de contrariedad; pero no encontró medio de negarse a recibirla.

—Eso — dijo el popular diputado, una vez impuesto de lo que ocurría — es una verdadera infamia. Podrá haber un error, pero no un engaño, ni una denuncia falsa, y además, señor Botaratoff, sepa usted de una vez que la cartera no ha parecido ni Cristo que lo fundó. Este pobre hombre ha tenido que simular el hallazgo para verse libre de

la Policía y del Juzgado, que entre interrogatorios y citaciones han estado a punto de volverlo tonto.

—¿Qué me dice usted?

—¡La verdad!

—En ese caso, le levanto la multa por este concepto.

—Y ¿nos vamos?

—Calma, que aún queda otra cosa.

Volvió a temblar Chatarramendi.

Botaratoff se levantó trabajosamente de su butaca, apuró de un sorbo un enorme bock de cerveza que sobre su mesa tenía, y extrajo de uno de sus cajones un cuadernito de notas.

—Va usted a ver, don Indalecio, lo bien organizadas que tengo yo mis huestes.—Y leyó:

«El día 27 del próximo pasado, a las doce y treinta y cinco del día, encontrándose el que luego dijo ser y llamarse don Aniceto de Chatarramendi tomando un aperitivo en la puerta de un café

de la calle de Alcalá, con sus amigos los señores Berrondo, Carcaberry y Gargarita, todos mayores de edad y vecinos de Bilbao, comentaba los incidentes de su detención y su estancia en la Cárcel Modelo y terminó su relato diciendo que el excelentísimo e ilustrísimo señor director general de Seguridad era un ejemplar del género masculino de la especie caprina. Al animal, excelentísimo e ilustrísimo señor, lo nombró en diminutivo.»

—Así dice el parte; lo he copiado a la letra. Ahora, dígame usted, don Indalecio, si esta falta de respeto a la autoridad está o no comprendida en el artículo 22, y si debo o no debo imponerle la quincena. Póngase usted en mi caso...

—Póngase usted en el caso de él.

—¡Pero si, además, no dijo!—exclamó airado Berrondo.

—Lea otra vez, que yo no entiendo—rogó don Aniceto.



—No hace falta: por esta denuncia de uno de mis agentes, me consta que usted dijo a sus amigos que yo soy un... vamos... está mal que yo lo diga, un cab...

—¡Ya entiendo!—exclamó Chatarramendi—. Como desir, desir no dije...; pero creí que sabías...

Y decidido a violar la santidad del depósito, arrojó a los pies de Botaratoff un billete de quinientas pesetas.

EPILOGO

¡Ay de ellos!, porque han seguido el camino de Caín y se lanzaron en el error de Balaam por recompensa, y perecieron en la contradicción de Coré.

**EP. UNIVER. DE SAN JUDAS
APÓSTOL, v. 11.**

El mendigo a caballo le hace galopar hasta la muerte.

SHAKESPEARE

Ay de ellos, porque han seguido el ca-
mino de Cain y se lanzaron en el error de
Balaam por recompensas, y pecaron en
la contradicción de Coré.

EP. UNIVER. DE SAN JUDAS
APÓSTOL. v. II.

El mundo es un caballo que hace galopar
hasta la muerte.

SHAKESPEARE

La caída de Botaratoff.

Todo pasa, todo languidece, todo se rompe, dicen los franceses, y este su descubrimiento no se hizo únicamente para París, sino que se puede aplicar de igual manera a las cosas y a los hombres de Madrid, de Cintruénigo y de Amberes.

A Botaratoff, cuando él más difícil lo creía, le llegaron su crepúsculo, su ocaso, su noche y, por fin, su muerte civil, política y administrativa.

R. I. P.

No pocos esoteristas asignaron a estas macabras iniciales, en vez del clásico y piadoso significado *Requiescat in pace*, el significado más humano, puesto

que son pocos los que de la vida se despiden encantados, de *Rabiando y pataleando*. Tal vez quien esto descubrió tuvo el acierto de presentir a Botaratoff y vislumbrar su caída.

Como, según dice un astro refulgente de la tiorba,

... no hay perdición en el mundo
que de mujeres no venga,

una mañana desdichadísima para él se presentó en su despacho la consabida *Gorriona*.

—Botaratoff—le dijo cariñosamente—, esto no puede seguir así.

—Pues ¿qué ocurre?

—Que de nada me ha servido el que destierres a mis competidoras. A mi casa no vienen más que *pelmazos y miqueros*.

—Pero en eso yo no puedo hacer nada.

—Tú lo puedes hacer todo.

—Que te crees tú eso.

—La juventud de hoy es una cosa perdida. No hace aún diez años que a todas horas tenía yo la casa llena de estudiantes. Los estudiantes son los que tienen el dinero más fácil; pero ahora les da por estudiar. ¡Valientes primos!

—Es verdad. Comprenderás, sin embargo, que yo no puedo hacer que los guardias te los lleven.

—Tú puedes hacer mucho. Si no se te ocurre nada para dar vida a mi negocio, saca ya en la *Gaceta* esa policía femenina y nómbrame jefa.

—¡Gorriona, por Dios!

—Nada, nada; me estoy arruinando, y si esto no se arregla deajo el oficio y tú te encargarás de colocarme. Dentro de quince días volveré a saber lo que has pensado.

Cuando Botaratoff se vió solo, arremetió contra varios dobles de cerveza

que a su alcance tenía; reflexionó tristemente sobre la situación que aquella mujer le creaba, y acabó blasfemando: —¡Malditos estudiantes! ¡Ya me las pagarán todas juntas!... ¡Lo que es en cuanto muevan una oreja...!

El canis vulgaris alforjeris.

Para la guarda, prevención y custodia de nuestro señor el Orden Público, para la defensa heroica y abnegada del sacrosanto Principio de Autoridad y para todos los demás menesteres de su incumbencia, después de larguísimos estudios y de complicadísimos ensayos y procesos de hibridación, logró Botaratoff obtener una especie canina perfectamente adecuada.

Se hizo traer diseños de los *cánidas*, perros con figura semihumana, descubiertos en las cuevas de Alpera (Alba-

cete), y para llegar a obtener el tipo por él ideado, tomó como punto de partida el *alano*, en calidad de hermano de los vándalos y los suevos, y lo fué cruzando sucesivamente con el *sabueso*, con el *mastín*, con el *bufo*, con el *cimarrón*, con el *jibaro* y con el *zarcero*.

El individuo así obtenido llenaba por completo sus aspiraciones. Era de natural pacífico, muy aficionado a viajar de balde en el tranvía y entrar de balde en los espectáculos públicos. Cuando veía que dos hombres se pegaban, que un ratero sustraía un reloj o que un chiquillo se le orinaba a una cocinera en la cesta de la compra, volvía los ojos a otra parte, sonreía piadoso y decía para su capote:

—¡Si fuera uno a cumplir con su deber!...

Botaratoff los armó de punta en blanco y les hacía con frecuencia practicar ejercicios militares.

—*¡Mete la faccia brutta!*—les gritaba cuando con su espadón de dos manos dirigía la militar maniobra, y encrespaban los bigotes, enseñaban los dientes negros, abrían desmesuradamente los ojos y rugían como antaño los poseídos del demonio.

Terminado el ejercicio, volvía la serenidad a sus rostros, y a cambio de un pan de trigo y seis garbanzos, se pasaban catorce horas inmóviles guardando una esquina.

Cuando los naturalistas cayeron en la cuenta de que debían clasificar y rotular aquella nueva especie canina, después de largos estudios y prolijas disertaciones científicas, convinieron en que debiera ser y llamarse la del *canis vulgaris alforjeris*.

Se inicia el crepúsculo de Botaratoff.

Soñaba el Prefecto con los estudiantes todas las noches; con haber desertado del comedor de la *Gorriona*, le habían puesto en el amargo trance de tenerla que nombrar jefa de la policía femenina, y aquello era horrible; la idea de tener que soportar su colaboración le anonadaba.

Sucedió por entonces que los alumnos de casi todas las Facultades, Institutos y Escuelas se lanzaron a opinar y a exteriorizar su opinión sobre algunos problemas políticos de actualidad palpitante, y Botaratoff, que ya los tenía entre ojos, temblaba de ansiedad por el momento de darles una batida.

Examinó las armas de que había dotado a los *canis vulgaris alforjeris* y

las encontró adecuadas y perfectas; pero el natural pacífico de aquellos sus esclavos no le inspiraba la menor confianza.

—Si yo pudiera inocularles la hidrofobia—pensó.

Y dió orden de que en sus laboratorios se procurase la obtención de un suero, de un virus o de algo parecido que enardeciera a sus huestes hasta llegar a producir en ellas un efecto similar al de la rabia.

Se dispusieron rápidamente los caldos de cultivos y se abrieron las prisiones de sus tubos de cristal a las *mónadas*, los *proteos*, los *vibriones*, los *bacilos* y los *espirilos*; se formaron *bacterias* y *colonias*, y al fin, después de trabajosos injertos y de complicadas ensambladuras de esporos de diversas procedencias, lograron los sabios combinar los patógenos de la hidrofobia con los de la misantropía, preparando

una substancia inoculable a la que en su vocabulario técnico dieron el nombre de *parrondina*.

Botaratoff hizo una requisita de jeringas de Pravatz en todas las tiendas de instrumental médico, y luego una leva de profesores veterinarios, que en muy pocas horas inyectaron copiosamente la *parrondina* a todos los *canis vulgaris alforjeris* que tenía disponibles el Prefecto.

Después los lanzó contra los estudiantes, y cuando a su despacho llegaban los ayes de dolor y las salpicaduras de sangre, decía entre doble y doble de cerveza:

—¡Estudiad, estudiad para eso, primos! ¡Cuánto mejor estaríais en el comedor de la *Gorriona*, jugando al tute botellas de «N. P. U.»!

La opinión pública, que hasta entonces había tomado a chacota las cosas de Botaratoff, se indignó ante aquel

atropello y en masa pidió al Gobierno su destitución y su encarcelamiento.

Pero él se dispuso a resistir y, si era preciso, arremeter con todos sus *canis* inoculados contra el Gobierno en defensa de sus siete fajines.

La noche de Botaratoff.

Las protestas arreciaban. ¡Muera Botaratoff!, era el grito de guerra y el saludo de la multitud indignada y dolorida. Y Botaratoff permanecía impertérrito, acariciando su barba rubia de Cristo francés y vaciando dobles de cerveza.

Hubo al fin un momento en que el Gobierno pareció decidido a destituirlo; pero llegó el rumor a oídos de los que le debían favores y tenían secretos encomendados a su reserva.

Se reunieron para tomar acuerdos, y

presididos por Cachaldoira fueron a ver al presidente del Consejo:

—¡Que caigan el Altar y el Trono si es preciso; pero Botaratoff, nunca!— clamaba el ex ministro con su voz de doña Juanita.

—Pero, señores—replicaba el presidente—, ustedes saben mejor que yo que no se puede gobernar contra la opinión del país.

—Sí se puede—replicaba Cachaldoira—; suspenda usted las garantías, conduzca por carretera los estudiantes a sus pueblos, aplíqueles la ley de la fuga... Ya ve usted si se pueden hacer cosas.

De los requerimientos pasaron a las amenazas y al fin el presidente tuvo que ceder por el momento a mantener en su puesto a Botaratoff, contra las legítimas pretensiones de la opinión.

La muerte civil, política y administrativa de Botaratoff.

Transcurrieron algunos días. El pueblo vivía en motín constante, clamando contra la dictadura grotesca y sanguiñaria del hombre de los siete fajines. Los estudiantes malheridos por los *canis* inoculados de *parrondina* se contaban por millares; pero el Gobierno, que había tomado en serio las amenazas de Cachaldoira, mantenía en su puesto a Botaratoff, con gran indignación de todos.

Se organizaron pitas aéreas; se le hicieron aleluyas, se le cantaron himnos y *couplets*, y la Prensa seria, con inusitada unanimidad, lo combatía con toda clase de argumentos.

Al fin la campaña encontró eco en el extranjero y comenzaron a estudiar el

caso todas las asociaciones humanitarias de Bruselas, de París, de Berlín, de Londres, de Praga y de los principales centros de civilización y de cultura. Al principio se les hizo muy duro creer que un Prefecto de policía hubiese lanzado contra los estudiantes, fuera cual fuera el motivo, unos *canis vulgaris alforjeris* inoculados de *parrondina*, y vieron en el hecho una jocunda mentira meridional; pero cuando se penetraron de la verdad del suceso, llamaron a las puertas de las Cancillerías y lograron que en nombre del derecho de gentes se hiciera una reclamación al Gobierno que defendía y amparaba la impunidad de Botaratoff.

Cuando al Ministerio de Estado llegó la nota que había sido anunciada previamente por telégrafo, el presidente llamó a Cachaldoira y lo enteró del grave acontecimiento.

El creador de Botaratoff, ante aque-

lla catástrofe, quiso suicidarse y sacó del bolsillo de su gabán una pistola; pero le tembló tanto el pulso que la dejó caer al suelo, y en vez de cogerla se echó al vientre las dos manos, lanzó un grito desgarrador y femenino, salió a la calle, montó en una rueda de afilar y se marchó volando a su tierra natal.

El presidente, cuando volvió de su asombro, mandó llamar a Botaratoff para darle un *ultimatum*.

Se colocó el Prefecto su gran uniforme, con todas sus cruces, todos sus fajines y todas sus armas; bajó solemnemente la escalera principal de su palacio para entrar en el automóvil blindado que en el portal le aguardaba; pero cuando pisaba el último escalón, uno de los *canis* inoculados de *parrondina*, que por no haberlo visto hasta entonces de cerca no lo conocía, se lanzó sobre él furiosamente y le mordió en ambas pantorrillas con letal insistencia.

Botaratoff cayó desvanecido, y en vez de llevarlo a la Presidencia del Consejo, su automóvil tuvo que conducirlo a un Sanatorio, en donde hoy trenzan su cuerpo unos dolores tan horribles que sólo le libran espacio para gritar con voz estentórea:

—¡Que me traigan más cerveza!...
¡Y más guardias!... ¡La Gorrional!... ¡Los
estudiantes! ¡Que los entierren juntos!
¡A mí los *canis vulgaris alforjeris!*
¡Viva la *parrondina!*

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA.....	5
Una nueva serpiente menos paradisíaca silba en el oído de Chatarramendi.....	19
Un alto en la marcha. La afición a los toros complica la primera aventura de Chatarramendi..	24
La dulce y cálida tutela policiaca.....	25
Chatarramendi no come; pero sigue opinando que la Policía es lo mejor de la Tierra.....	32
Botaratoff quiere conocer personalmente a Chatarramendi y descubre en él al criminal más espeluznante y empedernido.....	39
Quién y cómo era Botaratoff.....	44
La buena sombra de Botaratoff y el curioso modo que tuvo de arraigar y consolidarse en su cargo.	59
La mejor y más adecuada preparación para unos ejercicios espirituales.....	68
Chatarramendi es al fin redimido a metálico por sus amigos.....	75
Botaratoff el mayestático se digna conceder audiencias.....	87
Comienza Chatarramendi a gozar de las delicias cortesanas.....	95

	<u>Páginas</u>
El celoso inspector señor Burreño y sus activas pesquisas.....	102
Los presuntos autores del delito.....	111
Continúan las activas pesquisas.....	117
Los autores no son los autores.....	123
El más adecuado y eficaz de todos los procedi- mientos para encontrar una cartera que se pierde.....	129
La cartera recuperada está a punto de volverse a perder.....	135
Lo que ocurría en el despacho de Botaratoff....	141
Al fin parece la cartera; pero es del ladrón.....	155
Vuelve a salir a escena Botaratoff ..	166

EPÍLOGO

La caída de Botaratoff.....	183
El canis vulgaris alforjeris.....	186
Se inicia el crepúsculo de Botaratoff.....	189
La noche de Botaratoff.....	192



BIBLIOTECA
NACIONAL
BN



1001618162